Manly Hall

EL GURÚ

The Guru

(1959)



BIBLIOTECA UPASIKA
www.upasika.com

Colección "Manly Hall"



Manly Hall

EL GURÚ

The Guru

(1959)

BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección "Manly Hall"



Manly Palmer Hall – El Gurú

EL Gurú

PREFACIO

Este es un relato sobre el modo de vida oriental. Tuve el privilegio de conocer personalmente al viejo y maravilloso maestro hindú a quien llamo El Gurú. Algunas cosas que él aquí cuenta me las dijo realmente. El personaje a quien asigné el nombre de Nadu es también real; por medio de él encontré al Gurú. Fue el mismo Nadu quien me relató su vida y cómo se convirtió en discípulo del venerable maestro.

Algunas partes de mi relato están integradas por sucesos biográficos de discípulos más antiguos, de tal modo entrelazados que crean una narración típica de la vida de la disciplina oriental.

Fueron cambiados nombres y lugares, como deferencia hacia el misticismo oriental, que no es dado a destacar las experiencias personales. Cuando alguien se entrega a la santidad, escoge la senda de la simplicidad y la humildad, y realiza buenas acciones pero sin desear atribuirse 'mérito por ello.

El Señor de los Señores es también una persona real. Quizá lo describan mejor las palabras del mismo Gurú cuando me expresó sentado en su cuadrado de tela blanca, en la casa de Nadu, en Calcutta: "Nos resulta difícil entender por qué los occidentales dudan de la existencia de los Grandes Hermanos de las Montañas Nevadas. Nosotros los conocemos, nuestros padres los conocieron, y ellos fueron parte de la ida de nuestra raza desde el comienzo."

Cuando echamos una mirada alrededor de nosotros, en nuestro mundo occidental, algunos abrigamos la secreta esperanza de que llegue el día en que los sabios tengan también aquí sus discípulos y enseñen las grandes verdades del mismo modo simple y bello con que fueran instruidos en la India, esa tierra distante y extraña donde los Dioses todavía caminan entre los hombres.

MANLY PALMER HALL

I

Que la graciosa Diosa Saraswati, Señora del Vina, que canta obre las gloriosas gestas de los héroes, me conceda el poder de las palabras para

*documentar las virtudes de mi Gurú bendito, el santificado **Sri***

Ramachandra Arjunananda Purascharanacharya

Mi nombre es Nadu Chatterji; nací en un villorio de la Bengala superior. El día de mi nacimiento un pundit erudito calculó mi horóscopo y según las posiciones de los planetas de mi nacimiento, predijo que yo escogería la vida religiosa.

Cerca de la fecha de mi cumpleaños decimotercero hubo una gran asamblea de Santos en la ciudad sagrada de Allahabad. Todos los días los célebres maestros y. sus discípulos atravesaban las calles de nuestro pueblo rumbo a la convención de los Santos vivientes.

Una mañana mi padre dijo :

- Damos gracias al Mahadeva pues éste es realmente un día afortunado; el Jagat Gurú, el maestro de maestros, el Santo *de* Putteshawar, que viaja a Allahabad, cruzará nuestro villorio antes que se ponga el sol.

Luego mi padre habló de esta manera sobre el venerable Santo Sri Ramachandra Arjunananda Purascharanacharya —Es realmente un Rishi del bosque, pues vive en sitio recluido y formuló juramento de no cortarse el pelo. Nadie conoce la edad de Jagat Gurú, mas los ancianos dijeron que los padres de sus padres fueron sus discípulos. Los Dioses le aman, conoce los hondísimos misterios de los Vedas y es dueño del arte mágico del Tantra. Sus discípulos están en todas partes de la India, y les habla dirigiéndoles sus pensamientos con su respiración a través del espacio.

Caída la tarde los habitantes de nuestro villorrio se congregaron a lo largo del camino que venía del

‘bosque. Cada uno esperaba ser lo bastante afortunado como para recibir la bendición del ilustre sabio que llegó golpeando la endurecida senda con el cayado de hierro que empuñaba, cuando las largas sombras se opacaban en el crepúsculo.

El Jagat Gurú era un hombre alto y delgado, de cuerpo enteco a causa de sus ayunos y austeridad. Sólo vestía una pampanilla y la sagrada cuerda enroscada. La barba enmarañada le cubría el pecho y su cuerpo estaba cubierto de arcilla gris. Su larga cabellera estaba veteada de gris y colgaba casi hasta el suelo; parecía muy viejo pero el Jagat Gurú había caminado más de trescientos veinte kilómetros para asistir a la solemne convocación de Allahabad.

Detrás del gran Santo, a una respetuosa distancia, había una cantidad de chelas y discípulos, unos cincuenta en total, que realizaran su peregrinación con su maestro.

Permanecí de pie, junto a mi padre, cuando el. Gurú bendito se aproximaba, y al sentirlo cerca un intenso anhelo se apoderó de mí, por lo que, corrí hacia él y me lancé sollozando entre los brazos del gran hombre.

El Gurú me abrazó con extrema ternura; luego me dijo:

—Nadu Chatterji, eres mi discípulo. Deja a todos los demás y acompáñame a recorrer la vieja ruta de los Dioses.

Así fue como a los trece años de edad partí de mi hogar paterno tan sólo con un atadito de mudas y un *lota* de un latón para agua, y me marché a Allahabad con el Jagat Gurú.

Jamás retorné a mi aldea natal. Mis padres se sintieron satisfechos porque habíase cumplido la profecía de mi nacimiento. Encontré la santidad y estoy contento.

Este es el relato verdadero de cómo sucedió que hallé al Gurú bendito y doy las gracias a los Pies de Loto de la Gran Madre porque en alguna vida anterior merecí el privilegio de convertirme, en su discípulo.

4

Manly Palmer Hall – El Gurú

II

Durante el trayecto hacia Allahabad caminé con los demás discípulos detrás del Gurú. Atravesamos muchos pueblos y villorrios, y en todas partes los habitantes se congregaron para rendir homenaje al gran maestro.

Cuando llegamos a Allahabad muchos santos ya estaban allí reunidos para el Kumbhmela. Llegaban devotos de todas partes de la India, y muchos eran los maestros famosos y santos venerables integrados a la asamblea.

Todos conocían al Gurú y se le recibió con muy marcadas muestras de respeto. Para el tiempo de las grandes ceremonias se había reunido casi un millón de religiosos en torno de la ciudad sagrada. No había

capacidad para ellos dentro de las murallas por lo que prepararon campamentos temporarios en las afueras, entrando a Allahabad sólo para los ritos religiosos.

Muchos ascetas estaban ligados por juramento al cumplimiento de ciertas penitencias; otros practicaban especiales disciplinas de purificación y autocontrol. Recuerdo que uno, llegado de las colinas de Nilgiri, llevaba en su mano derecha un terrón de tierra en la que plantara una semilla que regaba diariamente; la semilla había brotado y la planta florecía en su mano, con las raíces enroscadas en sus dedos.

Un viejo Swami, de los Lagos de Dilwara, resolvió controlar su mente cerrando su mano izquierda sin abrirla nuevamente en toda su vida. Hacía muchos años que iniciara su experiencia y las uñas habían crecido, atravesando el dorso de su mano.

Si bien el Gurú no enseñaba esas prácticas a sus discípulos, respetaba en los demás estas muestras de sinceridad, y saludaba a todos los mendicantes con palabras afectuosas y amigables.

Al entrar a la ciudad, el Gurú marchó directamente hacia los Ghats ubicados junto al río Jumna; todos seguimos en respetuoso silencio. Cerca del segundo Ghat el Gurú giró y, luego de ascender varios peldaños cayó de rodillas ante un hombre muy anciano sentado bajo una sombrilla de bejuco. Al ver mi asombro, u de los discípulos me susurró:

—Ese es el Señor de 1 Señores, el Rishi Sublime, Azurelama, el amado maestro del Gurú; no tiene edad; nadie le ve en el Kumbhmela salvo una vez cada doce años. El día de la ceremonia siempre se sienta aquí; pero nadie le ve llegar y nadie le ve partir.

Lleno de curiosidad, me volví para mirar al sublime Señor que es maestro de mil Gurús. Sentado sobre i almohadón de seda amarilla, usaba un manto color azafrán de lana basta. En torno de su cuello había muchas sartas de grandes cuentas de madera. Su cabello parecía las nieves glaciales sobre la cima del Himavat; caía sol sus hombros en suaves ondas brillantes. Su rostro oscuro, sin arrugas, y sus grandes ojos, suaves como del antílope, miraban con benigna contemplación la forma inclinada de nuestro Gurú. En la frente del Señor de los Señores había una marca de casta de arcilla amarillenta, en forma de parrilla, y en medió de ésta el tridente de Shiva.

l Señor de los Señores estaba sentado con las piernas cruzadas sobre su

almohadón, con un viejo libró abierto sobre sus rodillas; con una mano acariciaba las h hebras plateadas de su barba.

Hablo mi Gurú:

—Sublime Padre en Dios: acepta el saludo de tu hijo espiritual.

El Señor Rishi inclinó su cabeza: —Bienvenido, hijo mío, a la convención de los santos en los días sagrados del Kumbhmela. Mi paz sea contigo y con tus discípulos. Acércame al joven que trajiste en este viaje.

El Gurú me llamó, y con gran temor y reverencia, escalé los peldaños del Ghat con mis rodillas, postrándome a los pies del Señor de nívea cabellera. El Rishi extendió su mano sobra mí, y sus dedos eran largos y delgados; parecía ver a través de su mano.

—Nadu Chatterji, —me dijo— por medio de la sabiduría del Gran Señor de la Concha y del Chakra has llegado a integrar la Hermandad de la Vida Santa. Obedece a tu Gurú en todo, y prepárate para servir a nuestra Gran Madre. El día que hayas cumplido todo, según las instrucciones de tu Gurú, nos volveremos a ver. Son miste- Posos los caminos de los Dioses, Nadu Chatterji, pues serás anciano cuando vuelvas a ver la sombra de mi mano. Om Tat Sat.

El Gurú se sentó durante varias horas a los pies del Señor de los Señores, y ambos conversaron sobre el gobierno de la Hermandad. Al final, el Rishi de cabellos blancos abrazó a mi maestro, y luego volvió a la sosegada contemplación de su libro como si nadie hubiese cerca.

Después, concluida la celebración de la Diosa) pasamos nuevamente junto al Segundo Ghat pero el Rishi de cabellos blancos había desaparecido, ocurriendo otro tanto con su almohadón y su sombrilla.

Así fue como tuve el privilegio de ver el rostro de uno de los Doce Señores de la Ciudad Sagrada; y ésta fue la primera de las grandes bendiciones que recibí al convertirme en discípulo del gran Jagat Gurú.

III

Tenía yo quince *años* y corría el verano. El Gurú viajó con algunos discípulos personales a través del Paso de Khyber para participar en una celebración en honor de la Diosa Kali. Aunque yo era muy joven, fue deseo del Gurú que lo acompañase; y fue así que se me permitió presenciar la gran ceremonia.

Insumió varias semanas llegar a las colinas de Khyber. Caminamos muchos días atravesando profundos valles y cornisas de cumbres escarpadas. Al fin llegamos a un templete antiquísimo ubicado sobre una vasta planicie que se alzaba a unos trescientos metros sobre el valle.

El altar de Kali era de piedra basta, cuadrangular y de unos cuatro pies de alto. En el centro de cada uno de los lados del altar había un enorme anillo de hierro. A un cuarto de milla del altar mismo, junto a un arroyuelo, había casas de descanso para refugio de los peregrinos. Cerca de un centenar de santos venerables y eruditos estaban congregados en las casas de descanso, aguardando la llegada de mi Gurú quien, por lo que yo sabía, presidiría la ceremonia.

A la mañana siguiente, al amanecer, luego de completar nuestras devociones religiosas, formamos una procesión desplazándonos hasta el altar. Aquí el grupo se disgregó y formé un círculo de unos noventa y un metros de diámetro alrededor del templete central. Se adelantaron varios discípulos portando ofrendas.

Estas eran montoncitos de cereales, frutas y flores, y pequeñas imágenes confeccionadas con sebo. Todo esto fue amontonado sobre la chata superficie del altar. Luego fueron traídas cuatro cabras vivas, sujetándolas en cada uno de los anillos de hierro a los costados del altar. Una vez concluidas las tareas encomendadas, los discípulos se apartaron a corta distancia para presenciar la ceremonia, y entonces me uní a ellos.

Sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, los santos procedieron a asumir ciertos mudras, o posturas de las manos y el cuerpo. Formaron un gran anillo, cada hombre a unos seis metros del que le seguía a continuación. Ofrecían un extraño aspecto estos mendicantes de largas cabelleras y cuerpos cubiertos de arcilla. Mi Gurú se sentó al Este del círculo, sosteniendo una campalilla de plata con la que regulaba los ritos.

En el diáfano y sutil aire montañés surgió lentamente el firme cántico de los mantrams. Todos los santos entonaron al unísono las silabas sagradas. Al principio sus voces semejaban un bajo murmullo, pero a medida que pasaban las horas el sonido aumentó para retumbar por las montañas como un ritmo extraño y salvaje. El ritmo del cántico llegó a parecerse al firme percutir de un gran tambor.

Parecía que mi corazón cambiaba su ritmo para adecuarse al cántico. Cada vez más fuerte y claro llegó a ser el ritmo preciso del ritual, y con diferencia de escasos minutos yo podía oír por encima del sonido del cántico el retintín suave y nítido de la campana del Gurú.

El sol había surgido luminoso, como una esfera de fuego dorado en el cielo sin nubes; pero cerca del mediodía se formó una niebla que, flotando sobre las corrientes de la brisa, se iba enroscando y desenroscando entre las montañas. Las nubes oscurecieron al sol hasta que todo revistió apariencia de crepúsculo. Las nubes se cargaron y ennegrecieron y el trueno rodó por el Paso del Khyber. Verdes relámpagos cortaron las negras nubes y parecieron golpear la tierra en nuestro derredor con percusión terrible. Por encima de los sonidos de los elementos, y del trueno que retumbaba y volvía a retumbar a través de las profundas gargantas y a lo largo de los picos cubiertos de nieve, llegaba el ritmo implacable del cántico. Los mantrams se mezclaban con la voz de la tormenta y parecía que toda la naturaleza entonaba de consuno la extraña melodía de la danza de Kali.

Soy hombre veraz y explicaré exactamente lo que ocurrió ese día entre las montañas del Kanchanjungha, Casi al promediar la tarde la tormenta llegó al máximo; el aire tema un tono verde electrificado, y el tumulto de los elementos llegó casi al límite de lo que los humanos pueden soportar. Entonces, de improviso, una columna de vapor se formó directamente sobre el altar, elevándose como una gran hebra de humo de incienso para mezclarse con las nubes tormentosas de lo alto. El vapor empezó a girar; su densidad creció hasta que un arremolinado cono de unos treinta metros de alto osciló sobre el altar.

Luego, en medio del cono, llegó la Diosa Kali cabalgando sobre la tormenta. Su cuerpo era azul como el cielo, y sus manos y pies rojos con sangre del sacrificio. Su largo cabello volaba como nubes de oscura luminosidad, y sus ojos destellaban como soles dorados. Tenía ocho brazos y llevaba una guirnalda de manos humanas. Bailaba en el cono vaporoso como si lo hiciese sobre el cuerpo postrado de la tierra. Su

enorme figura de pronto proyectó hacia abajo uno de sus brazos. Vi el resplandor de una gran maza impulsada con potencia irresistible. Un estallido enceguecedor hizo añicos las montañas: la Diosa había golpeado el altar con su hacha de batalla. Llamas azules brotaron en todas las direcciones. El repentino resplandor nos encegueció.

Después, a medida que nuestros ojos recuperaron su potencia, vimos que Kali se había marchado; el cono arremolinado, convertido solamente en una hebra vaporosa, se desvanecía en la brisa.

Las nubes de tormenta desaparecieron y en unos pocos momentos el cielo estaba despejado. El sol pendía como una esfera de cobre sobre los glaciares de las montañas occidentales. El cántico de los santos menguó lentamente.

Al anochecer cesó el ritual; los mendicantes se pusieron de pie y en callada procesión retomaron a las casas de descanso para pasar la noche en oración.

El Gurú se me acercó y, tomando mi mano, me condujo al pie del altar.

—Mira, hijo mío, cómo la gran Diosa aceptó las ofrendas de sus Santos. Mira, cada flor está marchita y muerta; de todas las frutas sólo quedan hollejos; y del cereal no resta nada, salvo pajas.

Tomó un puñado de esas pajuelas y las echó al aire donde flotaron como polvillo. Noté también que las cuatro cabras estaban muertas, y el Gurú me explicó que la Diosa había tomado toda la sangre de sus cuerpos.

La tarde siguiente el Gurú y sus discípulos empezaron su viaje de regreso. Estaba muy deseoso de llegar a Calcutta, donde quería hacer los arreglos para mi educación. Jamás había yo asistido al sacrificio a Kali, pero otros discípulos que efectuaran el viaje en años recientes me dijeron que nada había cambiado.

Pensé que algún día yo llevaría mis propios discípulos hasta la región de Khyber. Pero el Gurú dijo que mi vida se conduciría en otra dirección...Y cuanto él quiera es mi ley y mi gozo.

IV

El Gurú tenía unos 60.000 discípulos. En su mayoría vivían en varias partes de la India y unos pocos residían en Europa y América. De este grupo menos de 400 vieron alguna vez al Gurú. El maestro tenía unos 100 discípulos avanzados, y éstos dirigían las vidas de los múltiples discípulos y chelas inferiores. Y

de este modo el Guru se mantenía en contacto con su gran núcleo de seguidores.

Muchos discípulos que jamás vieran a su maestro conocían su voz, habiendo recibido sus instrucciones durante la meditación. El Gurú cada día se mantenía recogido durante una hora durante la cual recibía los impulsos pensantes de sus estudiantes, y respondía sus preguntas a través de las sutiles corrientes de la mente. Durante estos períodos de comunión interior, el Gurú no podía ser perturbado, y los discípulos tenían por misión procurar que nadie se le acercase ni hablase hasta que hiciese señas de haber concluido su labor.

Entre los discípulos del Gurú había un comerciante holandés, que vivía en Bombay. Era un buen hombre, y el Gurú tenía gran esperanza de que este holandés avanzase mucho en su dominio de los secretos de la naturaleza. Por ello el Gurú volvía frecuentemente sus pensamientos hacia el comerciante holandés, y a veces discutía con nosotros sobre el progreso espiritual de este discípulo favorito.

El Gurú decía:

—*Mi* hijo espiritual de Bombay hoy tuvo una buena meditación.

O en otra ocasión observaba:

—Mi hijo espiritual de Bombay está fastidiado por ese hombre del banco. No es bueno que los negocios interfieran el crecimiento del alma.

Mynheer Van Stuiten era casado y tenía dos hijitas. El Gurú movía su cabeza en señal de aprobación, observando:

—Está muy bien; mi hijo de Bombay pasó la tarde jugando con sus dos

niñitas. Es un buen padre de familia, lo cual concuerda con los Vedas. El hombre que nace debe pagar su deuda ala naturaleza. Un buen padre es un buen discípulo.

Una tarde el Gurú salió con algunos de nosotros en una breve excursión a las colinas. Su discípulo mayor, que vivía con nosotros, sé dedicaba a la botánica y las hierbas, y cuando la ocasión lo permitía el Gurú lo acompañaba explicándole los misterios de la vida vegetal.

Hacía una hora desde que abandonáramos el Ashram, habiendo recogido una cantidad de plantas para su ulterior estudio'), cuando el Gurú se detuvo en el sendero y elevó su vista hacia el sol. Naturalmente, nosotros también miramos, y después de unos pocos segundos vimos un objeto blanco y pequeño que caía del cielo. Revoloteó, agitado por una leve brisa, cayendo cerca del Guru. Luego éste extendió su mano y vio que el objeto era un trozo de papel plegado que, como una avecilla, vino a reposar en sus dedos. El Guru lo abrió y volviéndose hacia nosotros nos dijo:

—Este es un mensaje de mi hijo de Bombay. Está en gran necesidad. Iré hacia él.

Los discípulos más viejos entendieron de inmediato y prepararon al Gurú para el viaje. Miraron en derredor y hallaron un lugar recluido bajo las ramas de un gran árbol. El Guru se sentó sobre un almohadón confeccionado apresuradamente con hojas y ramitas. Luego Banu, un buen hombre que siempre atendía al maestro, alcanzó al Guru su cayado rematado en una horqueta.

Este cayado era un codal bellamente labrado, confeccionado con teca, de unos cuarenta y cinco centímetros e largo, con su terminal superior en horqueta para sostener el codo del Gurú mientras permanecía sentado en el suelo. Sentado cómodamente con una mano sobre su rodilla y el otro brazo sostenido por el cayado, el Gurú cerró sus ojos y empezó a entonar un mantram. Cuatro de los discípulos se sentaron cerca del maestro y el resto se ubicó a mayor distancia para evitar interrupciones. Lentamente la cabeza del Gurú se hundió sobre el brazo que sostenía el cayado y pareció quedarse dormido. En cuanto al resto de este relato me remitiré a lo que después me contara Mynheer Van Stuiten., El comerciante holandés había enviado a sus dos hijas y a su esposa a un recreo montañés para que escapasen del calor del verano de la India. Sin aviso estalló el cólera en el villorrio donde la familia pasaba las vacaciones, y la hija menor, de unos seis

años, cayó enferma. Mynheer Van Stuiten corrió hacia ellos llevando al mejor médico de Bombay, pero la criatura decaía rápidamente y su muerte era sólo cuestión de horas. En su desesperación el padre escribió aquella esquelita al Gurú y, luego de cumplir ciertos ritos

misticos, incineró el papel aventando las cenizas. De algún extraño modo estas cenizas llegaron al Gurú, cayendo en sus manos en forma de esquela, enteramente incombusta.

En la casa donde yacía la enfermita, padre, madre, médico y enfermera de la familia estaban sentados en torno del lecho, observando el curso de la terrible enfermedad. De repente, las cortinas que separaban el cuarto de otra estancia, se hicieron a un lado y el Gurú entró tranquilamente.

Van Stuiten nunca había visto a su maestro, pero al instante supo que era el Gurú. La buena esposa, Mevrouw

Van Stuiten, el médico, y la enfermera nada vieron, y no pudieron entender la repentina agitación que sacudía al padre, quien cayó de rodillas, sollozando, con su cabeza contra el costado del lecho. El Guru se desplazó hacia la enfermita, y extendiendo su mano tocó el rostro afiebrado de la niñita delirante. ‘Esta abrió sus ojos y vio al Gurú, y aunque su apariencia era algo extraña, no tuvo miedo pues sólo observó la belleza de sus ojos.

El Gurú le habló así:

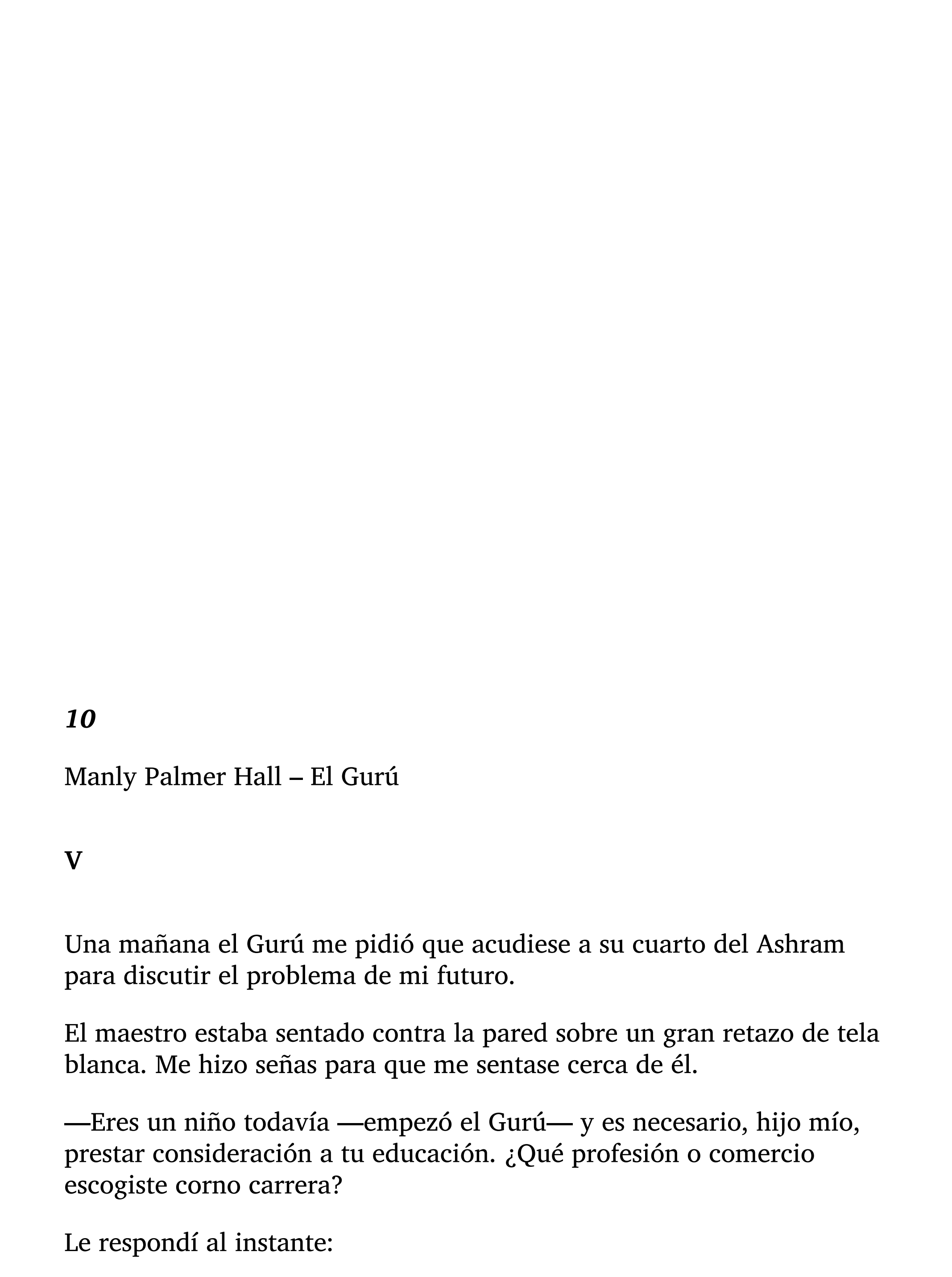
—Estuviste dormida, pequeña Sita, pero ahora estás despierta. Es tiempo d que vayas a jugar con tu hermana que está triste por ti, Ven, vamos juntos.

Todo cuando el médico vio fue que la niñita extendió su mano como si se aferrase a alguien, se levantó del lecho tranquilamente y atravesé corriendo la puerta hasta el jardín. Pocos minutos después se la oía reír y jugar con su hermana...

Después de unos veinte minutos el Gurú alzó la cabeza de su brazo, y habló a sus discípulos congregados a su alrededor:

—Mi hijo holandés es feliz ahora. Su hijita está jugando con su hermana, y nosotros podemos continuar discutiendo el valor

medicinal de estas hierbas.



V

Una mañana el Gurú me pidió que acudiese a su cuarto del Ashram para discutir el problema de mi futuro.

El maestro estaba sentado contra la pared sobre un gran retazo de tela blanca. Me hizo señas para que me sentase cerca de él.

—Eres un niño todavía —empezó el Gurú— y es necesario, hijo mío, prestar consideración a tu educación. ¿Qué profesión o comercio escogiste corno carrera?

Le respondí al instante:

—Bendito maestro, sólo deseo la vida santa, estar cerca de ti, servirte, obedecerte. No tengo otra ambición.

El Gurú fumó en silencio su narguile durante unos instantes, y luego continuó:

—Se *están* produciendo grandes cambios en el mundo y los jóvenes deben prepararse para ubicarse apropiadamente en el nuevo estilo de vida que llega a la India. Siempre habrá santos porque suyo es el camino de los Dioses. Pero estos nuevos santos deberán ser sabios en el conocimiento de las razas blancas.

Sólo de este modo pueden servir a la Gran Madre

—Haré cuanto me digas —repliqué. —Eres el maestro de mi cuerpo y mi vida. La virtud de un discípulo está en la obediencia.

El Gurú asintió comprensivamente con la cabeza:

—Te enviaré a la escuela y después a la Universidad, para que cuentes con todas las ventajas de la educación

y el conocimiento. Escogeré para ti la honrosa profesión médica. Nadu Chatterji: serás médico. De este modo aprobarás tu discipulado, sirviendo a los enfermos y procurando salud a nuestro pueblo. Nos dirigiremos inmediatamente a Calcutta y allí te inscribiré en la mejor escuela.

Sentí gran pesadumbre en mi corazón y le pregunté:

—Amado maestro, ¿esto significa que me separare de ti?

—Sí, por un tiempo, pero en el verano podrás volver a mí; y yo estaré en Calcutta en numerosas ocasiones.

Hijo mío, el principio de la sabiduría es la autodisciplina. Obedeciendo te engrandecerás.

Me incliné y toqué reverentemente el pie de mi Gurú, y él puso su mano sobre la mía. Sollozaba mi voz cuando repliqué:

—Obedeceré; pues para mí tu palabra es la palabra de los Dioses.

Así sucedió que pocos días después viajamos a Calcutta en un tren inglés; y el Gurú me llevó a la escuela de un célebre *mowlana.* Este erudito era un caballero mahometano de mentalidad y conocimientos

profundos.

El *mowlana* nos recibió en un estudio amueblado al estilo europeo. Era un caballero bajo y robusto, que llevaba pantalones listados y chaqué. A no ser por su piel oscura y su ajustado turbante, habría parecido un caballero inglés. Mi Gurú usaba ropa amarillenta, de seda, y sus cuentas, y portaba su cayado de hierro, llevándome de ‘la mano.

-Estimadísimo amigo *mowlana* Abu-Bakar, este es mi hijo en Dios, Nadu Chatterji. Lo pongo a tu cuidado, para que lo prepares para la Universidad. Le enseñarás todas las artes útiles, de Oriente y Occidente; y deseo especialmente que posea cuatro idiomas además de su lengua vernácula. Esos idiomas serán inglés, alemán, griego y latín.

El *mowlana* Abu-Bakar se frotó las manos e inclinó su cabeza:

-.Será corno dices, Estimadísimo y Veneradísimo.

Entonces el Gurú concluyó:

—Deberá ser médico; instrúyelo en todas las cuestiones tiles para el arte de curar. Mantenlo en tu casa, considéralo hijo tuyo, e instrúyelo en tu fe; pues deberá saber que todo Dios es uno so1o Le visitaré en ocasiones. Dale todo lo necesario para su comodidad, sé estricto pero benévolo; y envíame la cuenta.

El Gurú se levantó y me abrazó, y colocó mi mano en la del *mowlana.* Abu-Bakar tocó su frente y se inclinó ante el Gurú:

—La paz de Alá more entre nosotros; seré un padre para el niño.

De este modo empezó mi educación, y viví en la casa de Abu-Bakar durante tres años y medio.

VI

Fue durante mi segundo año en la escuela de AbuBakar cuando pasó mis vacaciones con el Gurú en un solitario Ashram cerca de Simla, en las montañas himaláyicas. Aquel tenía consigo sólo tres discípulos en esta ocasión, pues había resuelto cumplir un ayuno y disciplina prolongados, y necesitaba un periodo de purificación porque debió pasar varios meses en Agra y las vibraciones de la ciudad habían sido

difíciles.

Llevaba unas tres semanas con el Gurú cuando me dijo:

—hijo mío, estas son las viejas montañas donde los Dioses moraron en los antiguos tiempos. Estos son sitios de oración y meditación, y ya es tiempo de que salgas a cumplir tu primera vigilia. A unos sesenta y dos kilómetros al Norte hay un viejo monasterio de los Lamas Gorras Rojas, y unas pocas millas más allá hay un Ashram que está reservado a mis discípulos. Allí irás solo, y permanecerás un mes, consagrando tu tiempo a escuchar la voz de nuestra Gran Madre, que nos habla en estas colinas sagradas.

A la mañana siguiente, llevando conmigo sólo mi *lota* de agua y unos pocos adminículos necesarios envueltos en tela blanca, descendí solo por un senderillo que conducía a través de las montañas hasta el monasterio de los Gorras Rojas.

Esta fue la primera oportunidad en que estuve enteramente solo en un bosque extraño y montaraz, y al principio tuve miedo. Por la noche había muchos sonidos extraños, y tuve conciencia de que me rodeaban por todas partes animales salvajes. Me llevó cerca de diez días llegar al Ashram, y aunque muchas veces me pareció haber perdido el rumbo, llegué sano y salvo a la casita blanca, d barro, de una sola habitación, que era el lugar de descanso de los discípulos del Gurú. Puse paja nueva en el piso,' y luego me entregué a la contemplación. En las cercanías había agua fresca, y viví de frutas y bayas que encontré en el bosque.

Rápidamente transcurrió un mes pero cada vez tuve menos conciencia del tiempo. Pasé muchos días escuchando la suave voz que parecía hablarme desde la tierra, el aire y el arroyo cercano. Y yo estaba feliz y contento, pues sabía que éstas eran las voces de nuestra vieja Madre de las Montañas.

Unos pocos días antes del tiempo de mi partida, salí una mañana a caminar por un estrecho sendero orillado por un follaje bajo y tupido. Había avanzado sólo unos noventa metros cuando de repente, y sin aviso, un fuerte golpe sacudió mis espaldas. El golpe fue muy doloroso, y me derribó maltrecho y atónito entre los arbustos del costado del sendero.

Miré hacia arriba, aturdido y un poco lesionado, y vi al Gurú de pie sobre el sendero. El había sido quien me propinara el golpe con el

cayado de hierro que blandía en una mano. Al mirar el rostro del gran hombre, éste señaló el sendero con su dedo; y vi enroscada en el medio una víbora con su lengua bífida que lanzaba destellos hacia adentro y hacia afuera de su boca que semejaba una luz roja.

El Curú habló:

—Si hubieses bajado tu pie, Nadu, te habría mordido mortalmente.

Entonces el Gurú se dio vuelta y, dando unos pocos pasos, desapareció en una curva del sendero. De un salto me puse de pie y corrí tras él, mas cuando llegué a la curva del camino allí no había nadie.

Después, por uno de los discípulos, supe que, en el instante en que le ví, el Gurú estaba a unas cien millas, en Simia, enfrascado en una seria conversación.

El Rajá de Putteshawar había acudido al Gurú para interrogarle acerca del gobierno del Estado. El Gurú recibió al Rajá aunque forzado a interrumpir su aislamiento. Luego de hablar durante un rato, de repente, el Guru dijo

—Alteza, en este momento mi hijo en Dios está a punto de poner su pie sobre la cabeza de una víbora; debo aucudir a él.

El Gurú permaneció en silencio durante varios minutos, y el Rajá se mantuvo discretamente taciturno.

Luego mi maestro habló nuevamente al Rajá:

—Pasó el peligro; podemos proseguir nuestra discusión. De modo que el bendito Gurú conocía todas las cosas que tenían lugar en el mundo y siempre estaba atento a las necesidades de sus hijos; y le estoy reconocido por su graciosa bondad de extender su amor hacia mí, que soy el menos digno de sus chelas.

VII

Cuando el *mowlana* Abu-Bakar informó al Gurú que yo estaba listo para dar el examen de ingreso a la universidad, mi maestro llegó inmediatamente a Calcutta para hacer los arreglos para mi

matriculación.

Por primera vez en mi vida vestí ropas inglesas, que mi *mowlana* ordenó confeccionar a su propio sastre.

Yo estaba incómodo pero muy complacido de mi apariencia. El Gurú llegó con dos discípulos, y *mowlana* Abu-Dakar le mostró mi boletín que era muy meritorio.

Por la tarde el Gurú se dirigió conmigo al gran edificio de la Universidad, dotado de pilares de piedra similares a los de un templo griego. Subimos el amplio tramo de peldaños y entramos a un largo corredor flanqueado con retratos y bustos de ilustres eruditos y cientificos. Era muy impresionante. Al fin llegamos a una gran puerta siendo introducidos en el estudio del doctor DeemsBrowne, un caballero de aspecto delicado y sapiente, de rostro muy inglés y corto cabello canoso. Encima de su escritorio había un retrato al óleo, tamaño natural, de la Reina Victoria, con su atuendo de Emperatriz de la India.

El Gurú se volvió hacia mí:

—Nadu Chatterji, este es mi estimado amigo Sir Edward Deems-Browne, hombre sapientísimo en ciencia occidental, y cirujano famoso. El es tu nuevo padre en cuanto a educación.

El inglés se levantó de su silla y, acercándose al Gurú, efectuó una leve y rígida inclinación, como si no acostumbrase inclinarse ante los demás hombres

—Sri Puruscharanacharya, eres mi amigo de muchos años; haré todo cuanto pueda por este joven, puedes confiar en ello.

Miré los ojos del doctor inglés, que eran brillantes y muy azules, y vi en ellos un gran amor cuando contemplaba el rostro de mi Gurú. Entonces comprendí que Sir Deems-Browne era un amigo de la India, y entendía el alma de nuestro pueblo. Por ello me sentí contento; podía confiar en que este hombre amable me guiase por la senda del conocimiento.

El Jagat Gurú discutió con el doctor sus planes sobre mi persona. Se convino en que yo viviría en la casa de un rico caballero perteneciente a la secta de los jamos. Este hombre había fundado una casa para jóvenes estudiantes y sólo se admitía que viviesen allí los mentalmente contraídos.

Planeáronse mis cursos y se decidió que me especializase en cirugía general y enfermedades tropicales. El curso insumía cinco años y medio, pero el doctor era de opinión que yo podía completarlo en un lapso menor, debido a la excelente preparación recibida del m *owlana* Abu-Bakar.

El período universitario se iniciaba una semana después, y en el ínterin viví en el Ashram del Gurú, cerca del templo de Shiva, en Calcutta.

El Gurú recibía muchos visitantes, pues su llegada a Calcutta fue una ocasión importante para sus numerosos discípulos que vivían en la región. Todos llegaron a tributar su respeto, y muchos trajeron ofrendas de frutas, flores y cuadritos religiosos.

El Gurú levantase de su cojín todos los días a las cinco de la mañana. Luego se bañaba, y en algunas ocasiones yo tenía el privilegio de ayudarle en su baño matutino. Las otras dos horas siguientes las reservaba para sus devociones.

Después de estos ritos el Gurú se desayunaba con arroz y te, y luego hacia las siete y media se sentaba sobre una gran tela blanca para recibir a los visitantes. Quienes llegaban hasta él eran de todas las clases y razas, y había siempre una larga fila de zapatos y zapatillas fuera de la entrada del Ashram. Todos cuantos ingresaban se quitaban el calzado en señal de respeto hacia nuestro santo maestro, y al entrar en su presencia se sentaban con las piernas cruzadas en un rincón de la tela blanca.

El Gurú hablaba a cada uno en su propio idioma, y en su mayoría las entrevistas duraban sólo unos pocos instantes. A la una en punto el Gurú tomaba su segunda colación, generalmente fruta, y luego descansaba durante una hora. A las dos y media daba instrucciones a sus discípulos, y a las cuatro recibía otra vez a los visitantes. A las siete tenía su colada vespertina de arroz con azafrán y frutas cocidas en él. Hacia el ocaso caminaba con unos pocos discípulos suyos, efectuando a veces un corto peregrinaje hasta algún templete cercano. Por las noches el Gurú se hallaba usualmente con una disposición mental jovial, y a veces narraba sucesos de su niñez y también de la gente importante que ese día acudiera a él en procura de

instrucción. Siempre era una bendita oportunidad la de estar con el Gurú por las noches.

A las diez en punto se retiraba a meditar y no le volvíamos a ver hasta la mañana siguiente. Este fue su día cuando estuvo en la ciudad, y yo tuve el privilegio, en esta ocasión, de estar cuatro noches con él, por lo que doy gracias a la Madre Bendita.

VIII

El Gurú pasó varias semanas en Calcutta durante el verano de mi tercer año en la Universidad. Le vi al punto pues él deseába interiorizarse de los efectos de mi instrucción científica sobre mi vida y convicciones religiosas.

Le impuse fielmente del progreso efectuado en mis estudios, asegurándole al Gurú que siempre cumplía mis devociones al levantarme, y rezaba a la Gran Madre para que me brindase la comprensión de las cosas que estaba aprendiendo. Al principio de cada clase yo invocaba la bendición del Supremo sobre mi profesor y mis condiscípulos.

El Gurú escuchó con seriedad y con su cabeza dio una señal de aprobación:

—Eso está bien, Nadu, hijo mío en Dios; pues todo conocimiento es don del espíritu; y sólo a quienes son agradecidos en espíritu y conocimiento se abrirá como los pétalos del loto. De tus maestros occidentales, Nadu, aprenderás el arte y las ciencias; y de tus maestros orientales deberás descubrir e1

misterio interior de la sabiduría. No estás educado, estás meramente bien instruido. Sólo estarás verdaderamente educado cuando te halles iluminado por la verdad interior. Pues la verdad interior toma hechos muertos y los vivifica; e inspira el para que use el conocimiento en servicio de los demás. Yo sabía esto en mi corazón y permanecí silencioso; y en mi silencio pude sentir el pensamiento de mi maestro cantando en mi mente como los antiguos himnos de los Vedas.

De improviso, en mi ensoñación, el maestro habló nuevamente:

—Mira, Nadu! Cuando miré al Gurú, aprecié que sostenía algo en sus manos. Abrió un poco sus dedos y ví una roja ardillita que se asomaba entre ellos. La ardilla carecía totalmente de miedo y, corriendo por las manos abiertas del Santo, jugaba en sus brazos, se ocultaba en su largo cabello y finalmente se posaba en su hombro con la carita apoyada junto a su barba.

El Gurú acaricié al animalillo, diciendo:

—Y ahora Nadu, hijo mío, te mostraré un misterio. En tu Universidad estudiaste este animalito, ¿no es así?

—Sí, amado maestro, aprendí todo lo que los libros ingleses pueden decirme. ¿Quisieras que te describiese las partes de la ardillita .y todo cuanto se sabe sobre ella?

—No, hijo mío. Sólo te plantearé una pregunta. ¿Por qué existe la ardilla?

Quedé taciturno pues sabía que no podría responder. Entonces el Gurú prosiguió:

—El conocimiento, hijo mío, consiste en conocer los nombres de todos los miembros y la estructura de esta ardillita; pero la sabiduría consiste en descubrir la vida de este animalito, en medio de todas sus partes y miembros. Por esta razón, Nadu, al final debes retomar a los Maestros de las Montañas Blancas.

Pues sólo a través de las antiguas artes enseñadas a los primeros Santos, podrás llegar a conocer el corazoncillo que palpita en una ardillita roja. Todos los grandes y los eruditos carecen de este conocimiento hasta que se deciden a ingresar en las montañas y aprender de la voz de la Madre.

Si ante esto yo hubiese sentido la inclinación de aceptar el modo de pensar de los blancos, las palabras de mi maestro hubiesen bastado para disipar la ilusión por siempre.

El Gurú continuó:

—Mírame, Nadu, y mira a la ardillita roja.

El Gurú llevó su mano hasta el hombro y tomó suavemente al animalillo, acariciando su lomo y su larga cola esponjada. Luego, sosteniendo la ardilla entre sus manos, sopló en ella y musitó varias palabras en el antiguo lenguaje de Senzar, que no pude entender.

De pronto, la ardilla se transmutó ante mis ojos en un pajarillo marrón de pecho rojo y pico amarillo. El pájaro revoloteó un instante y luego se posó en un dedo del Gurú, ensayando un canto suave y nítido.

El maestro me miró;

—Nadu, ¿parece un milagro el que yo haya cambiado una ardilla roja en un pajarillo marrón? No es un milagro; esto se debe a que musité palabras de poder, y una ruedita giratoria en el corazón de la ardilla dio vueltas más rápidamente; y por este preciso giro la ardilla se transmutó en pájaro. Hijo mío, este es el secreto de la respiración y del Yoga. Lo mismo ocurre cuando vas a la escuela; tu conocimiento será

como la ardilla; mas mediante el secreto de la respiración y del Yoga darás alas a tu conocimiento, y luego las cosas que recogiste de los libros cobrarán vida y entonarán el cántico de Nuestra Madre.

Permanecí cinco años en la Universidad, recibí mi diploma y fui médico, según la voluntad del Bendito Gurú. Aunque de la escuela de los blancos aprendí mucho que serviría a mi pueblo, más fue lo que aprendí de mi Gurú el día en que convirtió una ardilla roja en un pajarillo marrón.

IX

El Gurú había recibido de uno de los Maharajás el usufructo de una considerable extensión de tierra. La propiedad estaba en las montañas, cerca de Darjeeling, en las colinas al pie de las montañas del Kanchanjungha, En la propiedad había un viejo templo y parte de un claustro en ruinas. A la sombra de una arcada rota el Gurú dictaba sus clases, y llegaban muchos estudiantes a recibir instrucción. Había algunos que no pertenecían a su escuela y que asistían a sus disertaciones en diversas ocasiones.

Una tarde, Chuni Sen, uno de los chelas más jóvenes, se acercó al Gurú con considerable excitación en sus ademanes. Recién regresaba de un villorrio cercano donde se interiorizara de un inusual suceso inminente:

—Maestro bendito, —exclamó Chuni Sen— acabo de saber que Su Alteza Real, el Maharajá de Indopur envió a su hijo, el Príncipe Nahib, para que asista a tus disertaciones de verano. Su Alteza llega en carruaje esta tarde.

El Gurú sonrió e inclinó su oído:

—Sí, Chuni Sen, el Príncipe Nahib está en camino para unirse a nuestra reunión; mas no permitas que la ocasión agite tu mente con demasiadas esperanzas. Sospecho que Su Alteza es mal estudiante.

A las cinco en punto oímos en el valle sonidos de que se acercaban carruajes y podía verse una nube de polvo que surgía del camino de tierra. Los discípulos más viejos ignoraron estudiadamente la aproximación del huésped real, pero Chuni Sen y varios chelas más jóvenes estaban visiblemente impresionados y observaban el rostro del Gurú con discretas miradas de reojo.

Nuestro maestro se había retirado de la sombra de la arcada en ruinas para disfrutar el último calor del sol poniente. Un comarcano le había traído algunas confituras en un cuenco de arcilla y el Gurú las comía lentamente con una cuchara de madera tallada. Parecía totalmente despreocupado de la presencia del estudiante real.

E1 templo en ruinas estaba a corta distancia de un camino oculto en parte por un soto de cedros jóvenes, y los carruajes se detuvieron entre estos árboles. El Gurú se dirigió a mí:

—Nadu, hijo mío, recibe a nuestros huéspedes y dales la bienvenida.

De modo que me levanté y bajé hasta el camino, mientras los jóvenes chelas sentados a un costado me miraban con curiosidad.

El primer carruaje era muy grande y bello, y en las puertas estaban los timbres de los príncipes de Indopur. El carruaje era conducido por un cochero de barba y librea, y dentro estaba sentado un joven impecablemente vestido a la europea. En el segundo carruaje, menos pomposo, había otro hombre, evidentemente el valet del príncipe, rodeado por una gran cantidad de equipajes. Había también un gran vagón cargado con pesadas cajas, bolsos y paquetes. Esto se hallaba al cuidado de dos sirvientes.

El cochero abrió la puerta, y entonces el Príncipe se puso de pie y descendió del carruaje con gran dignidad, llevando un fino bastón negro. Me adelanté e hice una profunda reverencia:

—En nombre del Gurú bendito, Sri Ramachandra Arjunananda Purascharanacharya, te doy la bienvenida, Príncipe Nahib de Indopur, al Ashram de Kailasvastu. Soy Nadu Chatterji, humilde discípulo del Gurú.

El Príncipe Nahib agradeció mis saludos con una altiva inclinación de su cabeza; luego se paró junto al carruaje mirando en derredor. Finalmente escogió un espacio abierto en una pequeña elevación sobre el camino, lo señaló con su bastón y dijo a su valet:

—Alza allí mi campamento.

Luego me dio la espalda, se dirigió a la loma y observó • mientras sus sirvientes acarreaban su equipaje.

Como ya no era necesaria mi presencia, regresé ante el Gurú y le hallé cubriendo su escudilla de confituras con varias hojas verdes a fin de mantener fresco su contenido. El Gurú reía traviesamente para sí y sus ojos chispeantes delataban buen humor.

Llamó a los jóvenes chelas, cuyos rostros estaban encendidos de excitación:

—Vayan, hijos míos, y aprendan cómo el joven Raj alza su tienda. ,
Los jóvenes se alejaron presurosos y, buscando sitios ventajosos, se sentaron en cuclillas sobre sus talones, mientras los sirvientes de Su Alteza armaban una gran tienda de lona roja y blanca, que estaba

dividida en varias habitaciones. Estas se hallaban elegantemente provistas de muebles desmontables y el suelo estaba cubierto de gruesas alfombras. Los dientes de Chuni Sen brillaban a la luz de la tarde mientras miraba al valet unir una gran bañera desmontable, y susurró a otro Chela:

—El joven príncipe se propone estar cómodo. Nuestro Gurú es quien merece estos lujos.

El Príncipe Nahib cenó con sólidos platos de plata, servidos con toda formalidad en la abierta entrada de su palacio de lona. Pero esa noche tuve el privilegio de bañar al Gurú con un balde de madera.

Todo el día siguiente el Príncipe Nahib estuvo sentado en una gran silla, esperando que se le llamase a presencia de mi maestro. Al otro día también esperó; y la noche siguiente estaba visiblemente fastidiado.

Hacia la media mañana del tercer día su valet se acercó al Gurú para

indagar respecto de una cita. Mi maestro revelaba suma seriedad y dignidad, pero sus ojos rebosaban de buen humor al informar al valet que consideraría la cuestión y que regresase por la tarde.

Poco antes de anochecer el valet regresó y permaneció un rato con el Gurú. Yo estaba sentado cerca de la puerta cuando oí el sonido tintineante de la campana de mi maestro. Entré inmediatamente y me senté en el suelo, en silencio. El Gurú volvióse hacia mí:

—Hijo mío en Dios, este es Rama Datta, un buen hombre que desciende de la raza del Sol. Le he aceptado como discípulo mío. Permanecerá con nosotros como un miembro de la Hermandad.

Tuve el privilegio de llevar estas nuevas al Príncipe Nahib, y elegí dos jóvenes chelas para que me acompañasen en esta importante misión. Su Alteza nos recibió cortésmente, aunque sin vivacidad, y preguntó por qué no había regresado su sirviente.

Tras la formalidad del saludo hablé de esta manera:

—Alteza: te traigo los saludos del Gurú; él sabe que te regocijará saber que en esta hora aceptó a tu valet en la Hermandad, confiriéndole el mérito extraordinario de convertirse en su discípulo. Mi Gurú también desea transmitirte su gratitud por haberle traído este hombre admirable.

No podría describir el efecto que mis palabras produjeron en el joven Raja. Baste decir que ordenó desmantelar su campamento de inmediato; y los dos chelas que me acompañaban ayudaron a empacar sus pertenencias. Una hora después el Príncipe de Indopur partió en su brillante carruaje.

Me enteré que cuando Su Alteza Real, el Maharajá, supo lo ocurrido, dispuso transferir la sucesión a un hijo menor.

Fue de este modo como Rama Datta, el Rajput, se convirtió en discípulo del Gurú bendito. Permaneció con el maestro dieciocho años y luego fundó un Ashram en Londres. Era un buen hombre.

X

El Gurú mencionaba ocasionalmente a su discípula inglesa y con similar intermitencia recibía de ella una carta voluminosa, llena de preguntas. Entonces el Gurú sacaba cuidadosamente de su negra caja de metal un anticuado par de anteojos de armazón de oro y pasaba varias horas leyendo la carta con esmero.

Luego dictaba la respuesta a uno de nosotros que escribía en inglés. El Gurú se interesaba mucho por esa dama inglesa y un día me dijo que había sido discípula suya durante más de quince años. .

Finalmente; en una de las cartas llegó la nueva de que la señorita Hardwick, que enseñaba en una escuela para jovencitas de familias distinguidas, pasaría sus vacaciones de verano en la India, para encontrarse con el Gurú. Había ahorrado de su modesto sueldo durante años para hacer posible este viaje.

El maestro estaba en su retiro, cerca de Darjeeling, cuando se enteró que la señorita Hardwick estaba ins-cripta en el Royal Hotel, de Calcutta. El Gurú envió a uno de sus discípulos más viejos, Chundra Bose, para ubicarla y guiarla hasta el Ashram.

Como deferencia a la tradición inglesa, el Gurú envió luego un discípulo a Nueva Delhi quien requirió la presencia de dos jóvenes doncellas del Abogado General, que fueran discípulas suyas muchos años. Estas dos damas hindúes acudieron prontamente y se les confió la tarea de preparar el mejor cuarto del Ashram para la huésped extranjera.

Por ello todo estuvo en admirable orden cuando Chundra Bose llegó conduciendo el par de bueyes y el pequeño vagón. En la parte trasera del vagón la señorita Hardwick estaba sentada sobre sus valijas, con un gran parasol sobre su cabeza.

La señorita Madeline Hardwick era una mujer alta y angulosa, de cabello corto y canoso, y mentón firme y agresivo. Usaba un traje sastre de tweed gris y sólidos zapatos troteur de taco bajo.

El Gurú recibió a la señorita Hardwick en su asiento favorito, a la sombra de la arcada en ruinas. Era fácil de ver que la dama inglesa, muy nerviosa, sentía profunda veneración por el gran sabio. El Gurú se mostraba muy amable haciendo todo lo posible para que la visitante extranjera estuviese cómoda. Tras unas pocas palabras de saludo, el maestro agitó su campanita y las dos damas hindúes se acercaron para ubicar a la dama inglesa en la habitación preparada.

La señorita Hardwick permaneció en el Ashram tres semanas, y se

interesó vivamente por todo lo que hacíamos. Tenía consigo un álbum de dibujo y realizó numerosos bocetos, con la intención de completarlos en tempera cuando regresase a su hogar.

Un día el Gurú me llamó:

—Nadu, hijo mío en Dios, ¿qué hace esta tarde la dama inglesa?

—Está afuera, cerca del tanque en ruinas, preparando un boceto del viejo claustro, venerabilísimo maestro —repliqué—. Y lleva consigo la sombrilla verde.

El Gurú movió su cabeza lentamente:

—Ella es muy sincera y afanosa. Pero ¡ay! estos ingleses... Les es difícil adaptar su mente a la vida contemplativa. La señorita Hardwick jamás está quieta; está tan empeñosamente ocupada en tratar de aprender, que no le queda tiempo para aprender.

—Quizá, Maestro —sugerí— porque estudié en escuelas inglesas pueda yo enseñarle a entender la vida devocional.

El Gurú se mesó la barba reflexivamente, y luego me observó sonriente:

—Sí, Nadu, te convertirás en el Gurú de la dama inglesa. Es mejor que vayas ahora y le des la primera lección.

Encontré a la señorita Hardwick sentada sobre una roca, con su álbum de dibujo sobre las rodillas, dibujando con una mano y con la otra sosteniendo la sombrilla. Me senté en silencio y observé el dibujo.

Cuando lo terminó me pidió la opinión. Le repliqué: --Es muy bonito, Memsahib, ¿pero por qué traza tantas líneas pequeñas cuando un solo trazo firme bastaría? Entre nosotros primero dibujamos el cuadro en nuestra mente; y luego, con unos pocos trazos directos transferimos el pensamiento al papel.

La señorita Hardwick me miró fijamente; y luego me preguntó con lentitud:

— ¿Qué trata de decirme, doctor Chatterji?

Al ver que no estaba ofendida, continué: —Usted hace muchas líneas, señorita Hardwick, porque no sabe dónde debe estar la línea correcta. No tiene el valor de confiar todo a un simple trazo de lápiz. ¿No es así?

La señorita Hardwick pensó por un momento, y luego, bajando el lápiz convino conmigo:

—Efectivamente, lo que usted dice es verdad. Carezco del valor de dibujar un cuadro con unos pocos trazos audaces de mi lápiz.

De repente me pareció sentir al Gurú detrás de mí; Volví mi cabeza; pero él no estaba allí. Sin embargo, su voz me musitó al oído: —Sigue hijo mío; díselo ahora; pues ella piensa tal como dibuja... con muchas líneas cortas e inciertas.

Animado por la convicción de que el Gurú aprobaba, le expliqué tan simplemente como pude el secreto de nuestra filosofía:

—Memsahib Hardwick, el Gurú desea que sus años de fiel discipulado sean coronados con el logro del Samadhi. Mientras usted estuvo con nosotros buscó la verdad tal como dibujó este cuadro, con centenares de pequeños movimientos inciertos de su mente. Jamás estuvo quieta; jamás la línea simple y única que es la evidencia del gran artista. No tenga miedo. No ande a tientas con sus pensamientos en pos de aquello que está más allá del poder del pensamiento. Cultive la simplicidad del silencio.

Esa noche la señorita Hardwick me preguntó si podía ver al Gurú. Este la recibió de inmediato y escuchó su pedido:

—Venerabilísimo maestro, —empezó la dama inglesa— ¿cómo puedo lograr la realización y llegar al completo desapego que existe aquí entre esta gente santa?

El Gurú extendió su mano hasta un platito y tomó un lirio acuático que Chuni Sen le diera una hora antes.

Se lo alcanzó a la señorita Hardwick, con el tallo todavía goteando:

—Hija mía, lleve esto a su cuarto y medite en ello; y cuando haya descubierto su significado, regrese y dígamelo.

De acuerdo a las dos damas hindúes de Nueva Delhi, la señorita Hardwick no abandonó su cuarto durante cinco días; y luego, con la flor muerta y marchita en su mano regresó ante el Gurú. Todos

notamos cuan pálida y callada estaba, y advertimos que no había dormido.

El Gurú escuchó atentamente cuando la señorita Hardwick narró su historia: —La primera noche tomé cada vez mayor conciencia de la belleza de esta flor. El segundo día aumentó mi comprensión sobre el modo maravilloso en que está hecha. El tercer día me encontré parangonando toda la vida con esta flor; y el cuarto día experimenté esta flor en mi propio corazón. Pero al quinto día no tuve más conciencia de la vida ni de la flor, ni de mí misma. Se apoderó de mí una gran quietud; y al mirar la marchita flor que flotaba en el agua, no pude pensar, ni asombrarme ni sentir. Pareció como si el tiempo hubiese cesado, y que todo lo que quedaba fuese un dolor extraño e impersonal que era muy bello. No puedo describir más eso, gran maestro.

El Gurú miró sus manos que yacían abiertas en su regazo:

—Ha obrado bien, señorita Hardwick; piense ahora que podrá dibujar sus cuadros con una sola línea valerosa.

Al día siguiente la señorita Hardwick partió para Calcutta, sentada sobre sus valijas y empuñando su sombrilla verde. El Gurú no recibió más cartas de ella.

Un día le preguntamos por qué ella había dejado de escribir. Sonrió y replicó:

—No es necesario escribir más cartas cuando el corazón puede hablar al corazón.

XI

Un joven pundit llamado Bishma Ray era maestro primario en el

pueblo que estaba a unos pocos kilómetros de nuestro Ashram. A veces, los sábados por la tarde, traía una cantidad de sus alumnos a nuestro retiro porque al Gurú le gustaba escucharles recitando sus lecciones. Nuestro maestro se sentaba a la sombra de la arcada en ruinas, y los niños, que frisaban entre los 10 y 14 años de edad, permanecían en su presencia y respondían diversas preguntas sobre historia, geografía y matemáticas.

Un sábado el Pundit Ray trajo consigo un gran mapa enrollado, de tela; lo colgó sobre la paredcita junto a la arcada, y los alumnos de quinto grado, cuando se les pedía, señalaban la ubicación de varias ciudades y países. Esto complacía particularmente a nuestro Gurú, quien sonreía y asentía con su cabeza cada vez que uno de los niños ubicaba su índice en el sitio correcto del mapa.

Era como un juego. Uno de los más pequeños, que llevaba una camisa listada de calicó, era especialmente veloz en responder las preguntas.

— ¿Y dónde está Chicago, hijo mío? —sonrió el Gurú.

Recuerdo cómo el jovencito se puso de pie de un salto, se inclinó ante el Gurú y su maestro, y corriendo hasta el mapa oprimió su pequeño pulgar en el sitio apropiado. El Gurú sonrió:

—Muy bien, realmente muy bien. Y porque eres tan preciso pienso que es mejor que corras camino abajo un kilómetro y encuentres al caballero norteamericano, de Chicago, que se perdió tratando de encontrar el Ashram.

El niño salió corriendo tan rápidamente como se lo permitían sus cortas piernas gordas; y debido a que el Gurú estaba evidentemente tan feliz, los demás niños también pensaron que estaba permitido que ellos también sonriesen.

Nuestro Gurú cambió opiniones sobre el caballero norteamericano con el Pundit Ray:

—Acude a nosotros con una carta de presentación del editor del *Forward* de Calcutta. Muy buen diario; lo leo a veces cuando tengo tiempo. En su país a este norteamericano lo llaman periodista, y será muy interesante.

El Gurú se volvió hacia los niños:

—Ahora: hijitos míos, no deben burlarse de nuestro amigo periodista; tampoco deben hacerle ninguna travesura pues él se considera persona

muy importante.

De inmediato todo vestigio de sonrisas desapareció de las diez caritas, y los niños se sentaron en silencio, como una fila, de anéxanos yogins, mientras su maestro Pundit Ray daba muestras de aprobación.

Entonces nuestro Gurú se volvió hacia mí, diciendo:

—Nadu, hijo mío, tráeme mi peine y mi buena vestidura amarilla; debo tener muy buena apariencia pues me sacarán una foto.

Me apresuré a llevarle al maestro las cosas que me pedía, pero todos nosotros estábamos muy consternados y confusos; el Gurú nunca permitió que se le fotografiase.

El maestro me permitió graciosamente que le peinase y atase el cabello y estaba terminando las distintas trenzas largas cuando el periodista norteamericano llegó al angosto sendero que conducía hasta el Ashram. El pequeño Babu, con su camisa listada de calicó, caminaba solemnemente delante, llevando frente a sí, con ambas manos, el sombrero del norteamericano, como si fuese la corona del Imperio. El Gurú miró por encima de la armazón de sus anteojos de oro, pero su expresión no cambió.

El caballero norteamericano llevaba un pequeño bolso de viaje en una mano y una máquina portátil de escribir en la otra. Alrededor de su cuello llevaba varias correas de las que colgaban cámaras y otras cajitas. Era bajo y robusto, con muy poco cabello, y su rostro estaba bronceado como si hubiese pasado mucho tiempo al aire libre. Sus ojos eran penetrantes, y tras una rápida ojeada en derredor se adelantó directamente hacia el Gurú. A unos tres metros del Maestro se detuvo, y bajando sus bolsos, llevó una mano al bolsillo interior de su saco para sacar su carta de presentación.

Fue entonces cuando habló el Gurú:

—Bienvenido al Ashram de Kailasvastu, señor Miller. Y no se preocupe de buscar la carta de presentación. La dejó en el cajón de su cómoda en Calcutta. La carta era de mi querido amigo,

Subrahmanya Das, del *Forward* de Calcutta, y me pide que le brinde la ayuda que pueda en la cuestión de un libro que usted está escribiendo

sobre los santos de la India. Confío en que podamos ofrecerle comodidad en nuestro humilde ambiente.

El Gurú se volvió hacia el niñito que todavía sostenía el sombrero:

—Babu, hijo mío, muéstrale al señor Miller dónde está Chicago en el mapa. Muy bien; ahora esto es más difícil. ¿Puedes encontrar Pittsburgh? Vea, señor Miller. Babu acaba de poner el dedo en su lugar natal.

El señor Miller estaba francamente azorado. El Gurú después me dijo que eso era siempre necesario para consternar a los periodistas norteamericanos, que son una clase de gente muy peculiar. Sin embargo, poco después el señor Miller se halló enteramente a sus anchas. Le dimos la mejor habitación, y les presentamos a los diversos discípulos y al Pundit Ray.

Advertí que el periodista norteamericano observaba con ansiedad el sol de la tarde, y se me ocurrió que deseaba fotografiar al Gurú por la tarde, temprano. Como el maestro ya había dado su consentimiento, le ayudé a armar el trípode y preparar la cámara. El Gurú me hizo sacar dos reliquias sagradas y un cuadrito de Krishna, y éstos fueron colocados en el piso, al lado del maestro, cuando se tomaron las fotos.

El señor Miller era muy eficiente, y el Gurú muy amable; pero después, al revelarse las películas en Calcutta, sólo eran visibles las reliquias, con el resto de las placas totalmente veladas.

Después el Gurú me aclaró que no hubiese sido cortés discutir con el periodista norteamericano, de modo que se encargó de solucionar la cuestión a su modo...

XII

El señor Miller permaneció diez días en el Ashram y durante ese tiempo nos formuló a todos gran cantidad de preguntas. Nos esforzamos por contestarlas pero el periodista norteamericano poco entendía el aspecto más profundo de nuestras creencias. Asistió a varias clases que el Gurú impartió por las tardes, y como deferencia hacia él nuestro maestro habló en inglés parte del tiempo. El señor Miller escribió muchísimo con su máquina, y me leyó algo de su

manuscrito. Empleaba palabras muy bonitas y era muy respetuoso para con el Gurú; pero dudo que si los norteamericanos leen su libro logren más que una idea muy incompleta de nuestra filosofía.

Al tercer día de su visita el señor Miller tuvo la idea de escribir un artículo especial en forma de reportaje al Gurú bendito. Me encargaron que arreglase esto de modo que acudí al maestro en procura de su consentimiento. El Gurú estuvo de acuerdo y fijó la fecha para el viernes siguiente, al atardecer. Yo sabía que un reportaje es una cuestión importantísima para los periodistas norteamericanos, pues una vez publicado en un diario o periódico lo leen millones de personas.

El viernes el señor Miller sacó punta a muchos lápices y armó una mesita para tomar cada palabra taquigráficamente, al estilo de idioma abreviado que mucho utilizan los periodistas norteamericanos. El Gurú había acudido por la mañana a la casa de un granjero local cuyo hijo recibiera una visión de la Diosa Durga. Le habían acompañado varios discípulos, pero yo me quedé con el señor Miller para proporcionarle toda la información que requiriese sobre la vida del Gurú.

El reportaje se inició a las tres de la tarde. Debido a la importancia de la ocasión se permitió que estuviesen presentes la mayoría de los discípulos y algunos chelas. Se efectuó una invitación especial al Pundit Bishma Ray, que estaba muy deseoso de asistir. Llegó de las colinas un erudito budista y el sacerdote brahmín del templo de un villorrio cercano trajo consigo a su tío, que era ciego pero estaba muy bien informado. Los alumnos de la clase de historia de la escuela local querían asistir, pero se temía que tantos niños llegasen a distraer. El señor Miller aceptó amablemente que el Pundit Ray leyese una transcripción de la entrevista íntegra en una reunión especial de toda la escuela.

Rápidamente, a las tres en punto, el Gurú se ubicó en su almohadón favorito, y luego de una breve oración a la Gran Madre anunció que estaba listo para ser reporteado.

El señor Miller empezó preguntando sobre la actitud del Gurú para con la política anglo-hindú, a lo que el maestro se rehusó amablemente a discutir. El señor Miller fue lo bastante discreto como para no presionar sobre la cuestión e hizo girar la conversación sobre la teoría de la relatividad de Einstein.

El Gurú explicó que el término "relativo" debería aplicarse a todo lo

cognoscible por el intelecto; y el término "absoluto" a la Realidad Universal que es posible descubrir sólo mediante la realización interna.

La discusión se tornó muy erudita, y noté que el periodista norteamericano tenía alguna dificultad en escribir en sus extraños signos las observaciones del Gurú sobre la inclinación del plano del *continuum.*

El señor Miller luego interrogó sobre la reacción del Gurú respecto de los logros de la ciencia occidental en general. Fue entonces cuando nuestro amado maestro habló así: —Las ciencias de Occidente, hijo mío, realizaron muchas cosas grandes y buenas; pero se limitaron dentro de los estrechos confines del mundo material En Oriente también tenemos grandes científicos; carecen de laboratorios y equipo científico; pero con la disciplina de nuestra antigua religión y filosofía convirtieron sus cuerpos y mentes en los más perfectos de todos los instrumentos científicos. Aquellos grandes Yogins exploraron las distancias del tiempo y del espacio, y llegaron a entender las causas mientras sus pensadores occidentales estuvieron estudiando solamente los efectos.

El señor Miller presionó sobre el tema: ¿Entonces, usted aconsejaría que los científicos orientales y occidentales uniesen sus esfuerzos y compartiesen su conocimiento?

El Gurú movió su cabeza:

—Yo recomendaría, señor Miller, que ustedes escogiesen de sus grandes universidades e instituciones científicas cinco de sus físicos máximos. Hombres no sólo esclarecidos mentalmente, sino de mente liberal, que hayan descubierto lo bastante como para comprender que deberán descubrir más. Envíen estos hombres a la India, la tierra cuna del conocimiento. Déjenlos aquí con nosotros para que obedezcan

nuestras normas y vivan según nuestras disciplinas y reglamentaciones. Que permanezcan diez años, y luego regresen a su propio país y apliquen lo aprendido, según los dictados de sus propios corazones.

Mediante esta acción ustedes revolucionarían la estructura íntegra del conocimiento occidental, adelantando su civilización por lo menos mil

años.

En la pausa que siguió a las palabras inmortales del Jagat Gurú, el ciego tío del sacerdote brahamín aspiró con tono de intensa satisfacción, y todos sentimos que habíamos tenido el privilegio de oír palabras de muy honda sabiduría.

Entonces el señor Miller preguntó si era posible que los pueblos occidentales desarrollasen los extraños poderes clarividentes de los sabios orientales. El Gurú replicó afirmativamente, añadiendo que si los pueblos occidentales desarrollasen una vida contemplativa, y liberasen sus mentes de la presión de sus ambiciones económicas, podrían hacer evolucionar sus naturalezas espirituales.

Después de otra conversación sobre tópicos interesantísimos, el señor Miller formuló su pregunta final:

—Sri Purascharanacharya, ¿tiene usted algún mensaje que guste publicitar entre el pueblo de Norte América de parte de los Santos vivos de la India?

El Gurú permaneció en silencio durante un momento, *y* todos esperamos sus palabras. Luego dijo simplemente:

—Sí, dígale al pueblo norteamericano que sea práctico.

Después de varios minutos de pensativo silencio, el Gurú continuó:

—Una nación no es práctica porque tenga gran fortuna, o fuertes armamentos, ni porque sea dueña de desacostumbrada habilidad o ingenio. Como lo expresa nuestra máxima oriental, 'Un hombre no es Rajá porque tenga muchos elefantes'. Una nación sólo es verdaderamente grande cuando utiliza sabiamente los recursos de que dispone. El sabio uso determina no sólo grandeza sino también sobrevivencia. Para sobrevivir, una nación debe dedicar todo cuanto tiene al servicio de su propia necesidad. Norteamérica para ser práctica, debe usar su riqueza y poder, para asegurar la completa felicidad y bienestar de su propio pueblo, y la mejora y protección de todos los demás pueblos menos afortunados que ella.

Luego de terminar de hablar, el bendito Gurú indicó que el reportaje había tocado a su fin. Pidió una escudilla de arroz y un poco de te, e invitó al señor Miller a compartir con él esta simple comida.

Después, como sorpresa especial, se sirvió arroz y te a todos los presentes, de modo que todos tuvieron el privilegio de compartir la

comida con nuestro maestro.

Fue un reportaje espléndido, y el señor Miller lo redactó bellamente, y algún tiempo después recibimos una copia impresa de uno de los diarios norteamericanos. El diario incluía un dibujo del Gurú que no era muy preciso, señalando la lamentable circunstancia de que las fotografías tomadas al maestro no habían salido bien.

Por sugerencia del Pundit Ray se envió una copia del reportaje al Virrey, requiriéndose que a su vez fuese elevada a su Majestad el Rey Emperador.

XIII

El Gurú regresó del Kumbhmela tres semanas antes que yo cumpliese 25 años. El Pundit Bishma Hay había deseado grandemente acompañar al maestro, por lo que dicté clases en la escuela primaria local durante las semanas de la peregrinación. Recuerdo bien la ocasión, pues el pequeño Babu trató una mañana de montar una vaca blanca de su padre hasta la escuela, cayéndose a la entrada de ésta. Le entablillé la muñeca. Babu fue mi primer paciente en la práctica de la medicina.

El Gurú estaba de muy buen humor cuando llegó al Ashram después del largo peregrinaje. Le gustaba mucho caminar y siempre decía que la experiencia espiritual del Kumbhmela y las interesantes personas que encontraba en el trayecto aumentaban su fuerza, añadiendo años a su vida.

Una mañana, pocos días antes de mi cumpleaños, llegó temprano el cartero del pueblo con una carta larga e importante para el Gurú, El maestro la leyó con gran interés, movió su cabeza varias veces en señal de aprobación, y sonrió para sí. Luego me miró por encima de sus anteojos de armazón dorado. Yo estaba muy curioso, pero no *me* dio explicación alguna y no estaba bien de mi parte formularle preguntas al respecto. El maestro hablaría cuando le pluguiese hacerlo.

Chundra Bose, que todavía vivía con nosotros, fue llamado varias veces a consulta con el Gurú, y al ver que yo estaba muy interesado en las misteriosas conversaciones, me informó tranquilamente que

nuestro maestro estaba planificando una gran fiesta de cumpleaños en mi honor. Me abrumaba pensar que el gran hombre consagrase su tiempo y energía a una finalidad tan humilde. Más Chundra Bose me aseguró que los planes procuraban gran placer al Gurú.

Mi cumpleaños vigésimo quinto fue una ocasión que siempre recordaré. El Gurú decidió, debido al buen tiempo reinante, que las fiestas se celebrasen sobre un terreno liso, frente a la arcada en ruinas, donde gustábamos sentarnos. A la mañana temprano empezaron a llegar amigos del pueblo, trayendo frutas y confituras vernáculas. Los chelas habían puesto gran cantidad de arroz con azafrán en la enorme marmita de hierro en la que se cocinaba nuestra comida diaria. Fueron invitados varios pundits importantes, y el padre del pequeño Babu, en agradecimiento a la cura de la muñeca quebrada de su hijo, aportó con los servicios de tres excelentes músicos del lugar, incluyendo una celebrada anciana, totalmente ciega, que tocaba muy bien el vina. Se fijó las cuatro de la tarde como hora del banquete y, poco antes de las tres, Chundra Bose llegó a la pequeña cabaña donde yo vivía, para anunciarme que el Gurú requería mi presencia en el Ashram.

Después de sentarme en el rincón de la tela blanca a poca distancia de mi bendito maestro, el Gurú se calzó lentamente sus anteojos y abriendo una cajita sacó la gran misiva que el cartero trajera a principios de semana.

—Nadu, hijo mío, —empezó el Gurú, abriendo la carta-sé que serás feliz al saber que recibí de tu padre este largo y bello mensaje, y esta nota más pequeña de tu madre. Están felices y bien, y contentos con el progreso que has hecho. El último de sus hijos se casó y ordenó su vida, por lo que planean retirarse al valle de Kashmir donde consagrarán los años que les restan a las obras santas.

--Tu padre vendió su negocio y con esta carta me envió un giro bancario por veinticinco mil rupias. Este dinero será utilizado para establecerte en tu práctica médica. Los Dioses han sido buenos contigo, Nadu, hijo mío; y sé que recordarás en tu devoción diaria la bondad de tu madre y de tu madre.

Sólo pude replicar:

—Bendito maestro, desde que fui tu discípulo siempre recé por la felicidad de mis padres.

El Gurú movió la cabeza:

—Eres un buen hijo, Nadu; y ahora llegó el tiempo de que asumas tus deberes de padre de familia, de esposo y de siervo de tu pueblo.

El Gurú colocó las cartas sobre la tela blanca, a mis pies, junto con el cheque: —Necesitarás esto; las cartas las conservarás entre tus bienes más sagrados, y el dinero servirá para adquirir equipo científico y medicinas. Este es realmente tu natalicio; pues llegó tu nueva vida, una vida en el mundo... sirviendo a los enfermos.

Guardé silencio; y el Gurú aguardó, absteniéndose amablemente de interferir mis pensamientos. Luego, cuando le miré sonriente, el maestro continuó:

—Es ley de nuestro pueblo que cada hombre que llega al mundo deba pagar su deuda, y cada mujer también. Sólo trayendo a la vida nuestros hijos y dándoles las mismas oportunidades que nosotros disfrutamos, cumplimos con el espíritu de los Vedas. Serás el padre de dos hijos, un hijo y una hija. Los cuidarás, los educarás, y los establecerás en su rumbo de vida. Esta es la ley del padre de familia. Una vez cumplido tu deber, entonces puedes retirarte a la contemplación de las cosas espirituales. Ahora debes vivir en el mismo mundo que los hombres corrientes aceptaron como su suerte mortal. El Gurú extendió su mano e hizo sonar la campanilla de plata. Chundra Bose corrió la cortina de entrada y entró.

El Gurú sonrió e inclinó su cabeza. Un instante después regresó Chundra Bose, introduciendo a una jovencita hindú que llevaba un sari azul pálido; la muchacha se adelantó tímidamente y se sentó en el rincón opuesto de la tela blanca.

—Nadu, hijo mío, esta es la esposa que elegí para ti. Su padre fue uno de mis discípulos. Conoce nuestro modo de vida y te servirá fielmente en todas las cosas. Será la señora de tu casa y la madre de tus hijos.

Así fue como encontré a Radha, que pasó a ser mi esposa según la voluntad de mi bendito Gurú, y jamás lamenté su decisión; fue sabia pues él conoce los corazones de todos los que viven.

Concluyó la entrevista, llegaron los invitados; salimos a su encuentro y en el banquete fue anunciada públicamente mi boda. Radha se sentó junto a mí y me sirvió arroz con azafrán de una escudilla de madera. En verdad fue una gran ocasión, y nuestro Gurú estaba tan complacido

que, al caer la noche, entonó viejas canciones de las montañas, canciones que el Dios Indra entonara antes que el mundo estuviese concluido; y la anciana ciega acompañó las canciones con su vina.

XIV

Al día siguiente de mi cumpleaños, el Gurú discutió conmigo los planes de mi carrera profesional. Él había hecho todos los arreglos, y sólo era necesario ponerme al tanto de sus decisiones.

Cuando nos sentamos a la sombra del arco en ruinas, el Gurú me habló así:

—Me comuniqué con su Alteza Real, el Maharajá Rama de Dharapur; es un hombre muy progresista que fue llevado al trono por el peculiar favor de los dioses, pues nació como pastorcillo. El Rama consagra sus vastos ingresos a la educación de su pueblo. Construyó escuelas y universidades, bibliotecas y colegios médicos, y está muy deseoso de mejorar la salud de todos sus súbditos. Su Alteza Real expresó amablemente su voluntad de ser tu protector, y te ofrece el apoyo del Estado en un programa que aporte medicina y métodos curativos occidentales a los villorios de su Reino.

—Por tanto, viajarás inmediatamente a Dharapur, donde presentarás estas cartas al Maharajá Rama. Bajo la protección de un hombre tan delicado y noble tendrás muchas oportunidades, no sólo en la practica privada, sino también de construir instituciones, crear nuevas leyes, y de muchas maneras mejorar la vida del pueblo. Ve, hijo mío, y que mi bendición esté contigo en todas las cosas. No nos volveremos a encontrar hasta que envíe por ti.

Fue así como abandoné el Ashram de Kailasvastu. El Gurú me abrazó y me entregó ciertos escritos necesarios para el viaje. Asimismo una suma de dinero suficiente para mis necesidades personales. El resto del día lo pasé simplemente empacando y despidiéndome de los muchos chelas y discípulos que había llegado a conocer y amar.

Radha había regresado a la casa de su padre, y nos casaríamos en Dharapur. El Gurú bendito ya había hecho por adelantado los arreglos para la ceremonia.

Viajé dos días en tren y llegué a la bella ciudad de Dharapur caída la tarde. Las calles eran muy anchas y había muchos parques y jardines. Recuerdo que en uno de los parquecillos había una delicada estatua del Maharajá montado sobre un brioso corcel.

Presenté mis cartas en palacio y de inmediato se me admitió en presencia del Rama. Se hallaba en un bello salón, cuyas paredes eran de espejos en su totalidad. Su Alteza Real era un hombre de mediana edad, bajo y más bien liviano. Llevaba un largo saco de seda amarilla y una ajustada gorrita negra.

Tenía un rostro delicado y noble, con ojos bondadosos que me recordaban los de mi Gurú bendito.

Después de tributarle mi respeto, el Rama me pidió que me sentase; y en sustancia las palabras que me dirigió fueron las siguientes:

—Dr. Chatterji, usted es un joven que inicia su camino en la práctica de la medicina. Aquí, en Dharapur, necesitamos doctores, doctores jóvenes, doctores de nuestro pueblo y de nuestra raza. Tenemos varios médicos británicos excelentes, y trabajaron duramente; pero no entienden a la India que nosotros conocemos. Ellos traen ciencia, no traen comprensión.

—Su eminente maestro, el gran Santo Purascharanacharya, le enseñó a usted muchas cosas; misterios del alma y de la mente. Si usted combina las verdades espirituales que aprendió de él, con el conocimiento científico que ganó en las universidades, se convertirá en un gran líder de nuestro pueblo.

Le aseguré al Maharajá que mi único deseo era servir a la India, y de este modo mantenerme fiel a la gran filosofía que aprendiera del Gurú. El Rama estaba complacido, y me extendió su mano al estilo occidental, pues había vivido mucho tiempo en Europa,

-Entonces, mañana, —continuó— nos encontraremos aquí, en palacio; e iré con usted al nuevo hospital que se inauguró hace menos de un año. Allí les presentaré a los doctores británicos y locales. Sería aconsejable que se quedase en el hospital un año o dos, para familiarizarse con el vasto programa de salud pública que hemos desarrollado. Luego le pondré a cargo de un nuevo hospital, ahora en construcción, en las Provincias del Norte. Lamentablemente, algunos estados vecinos no tienen un plan bien organizado para combatir las enfermedades vernáculas, y éstas trasponen constantemente nuestras fronteras. Serán necesarias normas higiénicas y sanitarias para

combatir estas epidemias. Hasta mañana, entonces, Dr.

Chatterji, y que Dios sea con usted.

Al día siguiente viajamos por la ciudad de Dharapur, visitando no sólo el nuevo hospital sino también varias clínicas y escuelas. Me asombró la sabiduría con que el Rama gastaba su gran fortuna para fomentar la situación de sus súbditos. Estaba muy orgulloso de las cosas ya realizadas, y su entusiasmo me hizo sentir que era un gran privilegio trabajar con él.

Cuando nos despedimos, al anochecer, el Rama *se* volvió hacia mí, sonriendo: —Comprendo, Dr.

Chatterji, que se tiene que casar dentro de pocas semanas en el Ashram de su maestro, aquí en Dharapur.

Al advertir que yo estaba levemente confuso ante lo repentino de la pregunta indirecta, el Rama me apretó la mano y me deseó todo género de felicidad y buen éxito.

El día de la boda, una vez reunidos todos en el Ashram, llegó un mensajero. Me trajo una bella fotografía del Rama, autografiada, y con un armazón de rubíes y esmeraldas; y de la Maharani un sari de hilo de oro sólido para Radha. El Rama expresaba sus excusas por no hacerse presente, y explicaba que debía efectuar su viaje habitual a las fuentes minerales de Baden, en Alemania.

Permanecí en el hospital de Dharapur un año y medio, y luego se me designó para el nuevo hospital en las colinas del Norte. Aquí conté con un plantel de doctores y enfermeras jóvenes, y durante los primeros meses también fue médico residente un cirujano de la armada británica. Cuando partió me hice cargo del manejo de toda la institución, que tenía ciento veinte camas, y quedé como director del hospital durante doce años.

XV

Mi nuevo hospital estaba ubicado en los alrededores de un villorrio. Radha y yo decidimos no vivir dentro del sector del hospital; de modo que ocupamos una casa de las cercanías con un agradable jardín y varios árboles linos y viejos. Junto a la casa había un edificio separado, *y* allí establecí una oficina y un pequeño laboratorio. Estos arreglos me permitieron llevar a cabo una práctica privada además de mi labor en el hospital. La labor privada era importante pues me puso en estrecho contacto con la vida del pueblo, lo cual es difícil en una gran institución.

Todo se cumplió con la exactitud con que lo predijera mi Gurú. Dos años después de establecernos en nuestra casita, nació mi hijo. Le llamamos Ramachandra, en honor del Gurú. La criatura nació en el hospital y el doctor Malhar Dan, joven fino, colega mío más joven, realizó la labor obstétrica. Al año siguiente nació nuestra hija, y la llamamos Lilya, en honor de la madre de mi esposa.

A fin de aumentar la efectividad del programa sanitario que el Maharajá Rama financiaba tan generosamente, inicié una encuesta de salud en diversos pueblecitos y villorrios de mi distrito. Documenté todos mis descubrimientos añadiendo notas y sugerencias sobre cómo podrían mejorarse las condiciones.

Radha participó activamente en esta labor, visitando los hogares de las diversas clases y sugiriendo medidas higiénicas y eugénicas. Yo esperaba poder recopilar un informe detallado de estas notas y observaciones para presentárselo al Rama.

Luego de trabajar en las notas casi cuatro años, me parecieron suficientemente completas como para elevárselas a su Alteza Real. El secretario del hospital se ofreció amablemente a sacar una copia mecanografiada completa, que envié al Rama con una larga carta explicativa.

Pasaron varias semanas sin noticias de Dharapur y yo empezaba a temer que mi informe no hubiese agradado al Maharajá. Una tarde, apenas llegado de mi labor en el hospital, oí que el motor de un auto se detenía frente a la casa, Era un vehículo viejo y ruinoso perteneciente a Anadeo Rao, que insistía en llamarlo taxi.

Salí a la puerta, esperando que fuese un paciente no demasiado bien como para llegar caminando a mí casa. Pero el caballero pequeño y morrudo con traje gris de hombre de negocios que salió del auto era el mismo Maharajá Rama.

Nadie esperaba a Su Alteza Real y el señor Rao no tenía idea de la identidad del importante pasajero que trajera desde el tren.

Llevando una pequeña valija y un gran portafolio, el Rama ingresó a nuestro jardincito, y me apresuré a salir a su encuentro. Rehusó permitirme que llevase su equipaje y entramos juntos a la casa. Su Alteza Real trató amablemente a mi esposa y se mostró muy complacido al ver a mis hijos.

La visita era tan inesperada que no pudimos efectuar preparativo alguno para cumplimentar a Su Alteza Real, y ésta insistió que no alterásemos de modo alguno la rutina de nuestra vida diaria. El Maharajá Rama permaneció en nuestra casita casi una semana. Era una persona muy simple y natural, enteramente despreocupada de su alta posición. Dormía en nuestro sobrio lecho, compartía nuestra comida y caminaba conmigo todos los días hasta el hospital. La noche siguiente, cuando terminábamos de cenar, el Rama me hizo saber que deseaba discutir mí informe. Comprendiendo que Su Alteza Real deseaba mantener conmigo una conferencia de negocios, Radha se levantó y excusó; pero el Maharajá dijo tranquilamente:

—Señora Chatterji, usted ayudó en la preparación de este informe, y nos alegraría que se quedase. Esta es la India moderna, donde hombres y mujeres pueden contribuir por igual al progreso de nuestro Estado.

Eso demostraba que el Rama estaba complacido con la información que le enviáramos. Nos felicitó por el espíritu de servicio que nos indujera a la larga y difícil tarea de recopilar la información. Fue lo bastante amable como para aprobar mis sugerencias e indicó que recibirían atención inmediata.

Su Alteza Real estaba también profundamente interesado por la práctica privada que yo estableciera, y me pidió le dejase ver el archivo de mis historias clínicas. Discutí con él Varios casos importantes, señalando que la mayoría de ellos surgía de desnutrición y deficiencia clínicas. El suelo estaba empobrecido por miles de años de cultivos, y sería menester desarrollar un programa de cosechas alternadas y fertilización química, a fin de corregir las causas de ese estado de cosas.

Nuestra discusión fue interrumpida por la llegada de los hombres

principales del pueblo que, enterados de la presencia del Rama, deseaban presentarle sus respetos. El Maharajá consintió en recibirlos, y la recepción duró hasta cerca de medianoche. En el transcurso de estas horas acudieron casi todos los habitantes de la comunidad pues Su Alteza Real era considerado con suma estima por todos sus súbditos.

Sunkar Das, que tenía once hijos, pidió permiso para presentarlos, y los niños se alinearon como en escalera. La señora Das, que era apenas más alta que el más joven de sus hijos, estuvo extremadamente reticente y llevó su saritan tan cerca de su rostro que sólo eran visibles sus ojos cuando se inclinó ante el Príncipe.

Dhondí Rao, que sólo tenía un *ojo, era platero y* deseaba ofrecer un plato de plata que Su Alteza aceptó amablemente. Subha Bisay, el poeta local, había compuesto un breve poema en honor de la visita del Maharajá. Decía así:

Nuestros corazones son *como* pequeños jardines junto al camino del pueblo; El amor hacia ti colma estos jardines con flores relucientes. Ten la bondad de aceptar, Gran Príncipe, estas flores espirituales, Pues su fragancia se debe a tu tierno cuidado.

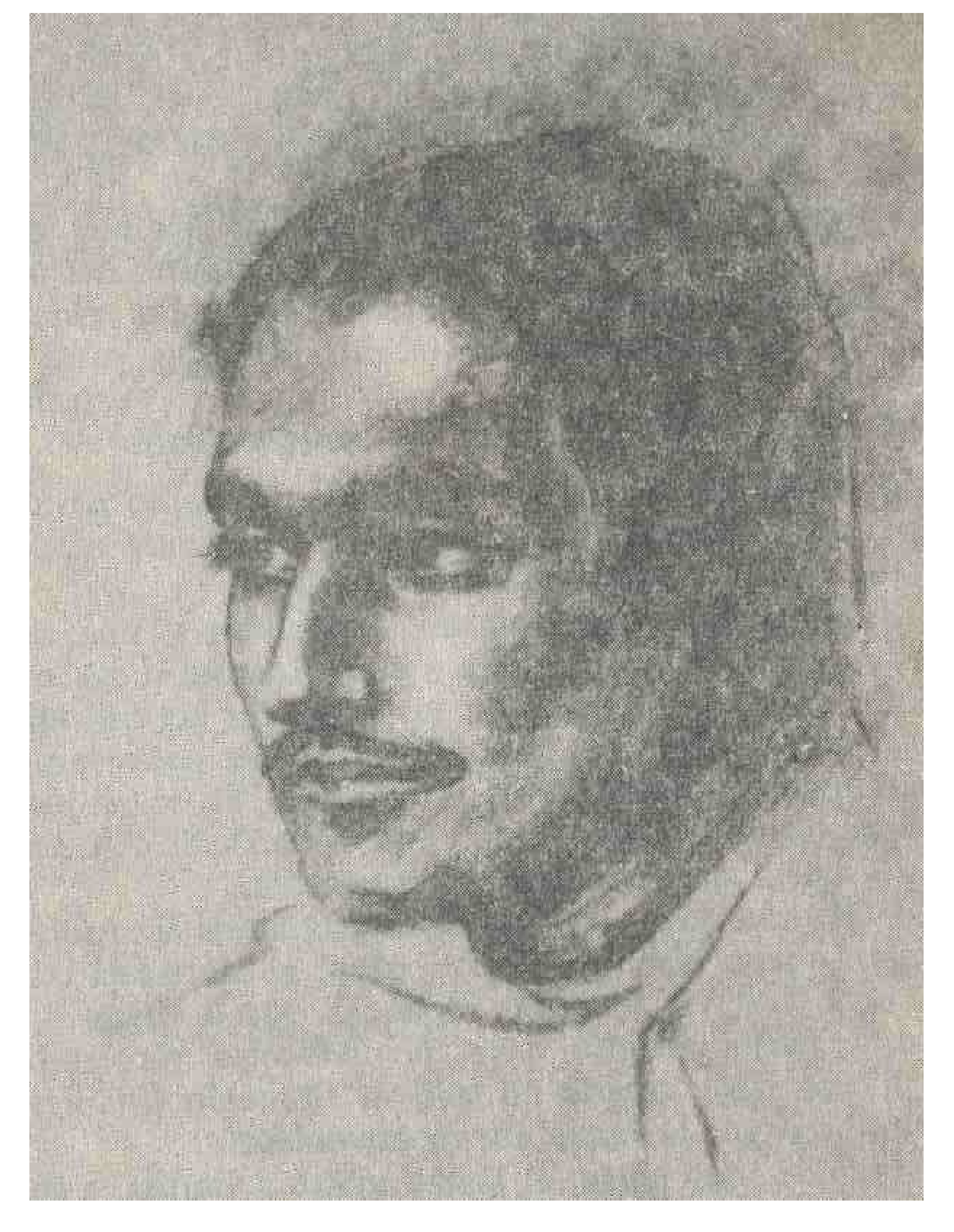
El Rama fue lo suficientemente gentil como para pedir una copia, diciendo que mantendría el poema en su memoria como recuerdo de esta ocasión.

El Rama tuvo una palabra bondadosa y una amable sonrisa para cada visitante, y cumplimentó a las madres por la belleza y méritos de sus hijos. Su actitud en toda esa noche larga y fatigosa fue la de un padre amoroso, hondamente interesado en la felicidad de sus hijos. Fue una bellísima ocasión, y mi respeto hacia Su Alteza Real creció hasta un profundo afecto personal.

Al término mismo de la velada, Mahadeo Rao se acercó vacilante para disculparse por cobrar al Maharajá la tarifa del taxi. Todavía tenía las monedas que le diera el Príncipe, y pidió permiso para devolvérselas. Sin embargo, Su Alteza Real insistió *en* que su situación financiera le permitía pagar la tarifa sin inconvenientes.

Antes de marcharse, el Rama invitó a Radha, a mí y a nuestros hijos a ser sus huéspedes en Palacio en cualquier tiempo que deseásemos efectuar el viaje a Dharapur. Recomendó que fuésemos el próximo mes de febrero, cuando se celebraría una importante reunión de *científicos y* médicos de diversos estados del país.

Mahadeo Rao insistió en llevar a Su Alteza Real hasta el tren, *y como él* era el único que tenía automóvil en el pueblo, tuvo ese privilegio por lógica incontrastable. Rao arregló de tal modo el trayecto hasta la estación que el Rama atravesó todas las calles principales. Todos los habitantes salieron a saludar a Su Alteza Real con gran entusiasmo. Luego el pueblo formó una procesión detrás del automóvil, y acompañó al Maharajá hasta la estación. Esta fue la ocasión más importante en la vida del pueblo desde la muerte de un célebre Santo, casi 200 años antes.



Manly Palmer Hall – El Gurú

XVI

Mi hijo tenía diez años cuando recibí mi primera carta del Gurú. El maestro expresaba su satisfacción por la obra que yo realizaba, sobre la que se mantenía constantemente informado. Expresaba el deseo de que llevase a mi familia hasta él en la primera oportunidad que se me presentase a fin de conferir su bendición a los niños.

El deseo del Gurú es lo primero en la vida de sus discípulos, de modo que efectué inmediatos arreglos para una breve ausencia del hospital. Yo había instruido a mis hijos en las doctrinas de mi bendito maestro, y jóvenes como eran, comprendían plenamente el significado de la ocasión.

El Gurú estaba en su Ashram de Kailasvastu, y viajamos por tren, realizando en automóvil la última parte del trayecto. Aunque no veía el Ashram desde hacía doce años, nada había cambiado. Los chelas habían crecido y otros jóvenes ocupaban sus lugares, prevaleciendo la misma atmósfera amable.

El Gurú estaba sentado en su sitio favorito, a la sombra de la arcada en ruinas, y yo no podía observar que hubiese envejecido de modo alguno. Al acercarnos, el Gurú sonrió saludando e inclinó su cabeza como era su costumbre:

—Nadu, hijo mío en Dios, y Radha, hija mía en Dios, os doy la bienvenida en nombre de nuestra Santa Orden. Y estos pequeños, ¿no son mis nietos en Dios? Ellos son también bienvenidos.

Ambos niños tenían conciencia de la presencia del gran hombre, y le miraban con persistencia y curiosidad. Yo les había hablado mucho del Gurú y les debió parecer uno de los Dioses.

El maestro extendió su mano hacia los niños:

—No temáis; venid y sentaos aquí, junto a mi-Mi hijo fue el primero en atreverse y, tomando a Lilya de la mano, la aproximó al Gurú, sentándose los dos juntos, frente a él.

Al ver que el maestro deseaba estar con los niños, Radha y yo nos apartamos a una corta distancia y hablamos con los discípulos a quienes yo conociera antes.

Estábamos enfrascados en eso cuando oí el argénteo retintín de la risa de Lilya, y mirando hacia el Gurú vi que nuestra hijita estaba sentada en su regazo; y el joven Ramachandra estaba comiendo confituras del cuenco que escondieran, no demasiado cuidadosamente, en un sitio fresco cerca del Gurú. El mismo maestro estaba de alegre humor y advertimos que había atrapado los corazones de nuestros hijos.

En esta ocasión estuvimos sólo tres días en el Ashram, porque me era difícil estar lejos del hospital. El Gurú comprendió esto y me aseguró que mi primer deber eran mis pacientes.

A la noche siguiente de nuestra estada, el bendito Gurú celebró una pequeña ceremonia que permanecerá por siempre como uno de los bellos recuerdos de nuestras vidas. Nos recibió a todos juntos en el Ashram, y nos sentamos bordeando la gran tela blanca. Primero el maestro habló a los niños: —Nietos míos en Dios, para vosotros la vida recién empieza. En los días por venir también buscaréis la santa vida. Este es vuestro Dharma; pues antes de vuestros nacimientos estuvisteis consagrados a los Dioses y al servicio de nuestra Gran Madre.

Los niños estaban muy callados y a través de sus ojos brillaba una honda y bella comprensión. El Gurú extendió sus manos y las colocó sobre la cabeza de ambos:

—Y ahora, mis pequeños, aceptad la bendición de un anciano que sirvió largamente a los Dioses y es el Gurú de vuestro padre. Que el Grande, que es el Señor de todo el mundo, y que está entronizado por siempre sobre las siete espirales de la serpiente eterna, que el Grande os bendiga a través de las manos de su siervo. Que él os conserve por siempre a la luz de su espíritu, guiándoos por el camino de la rectitud.

Om Tat Sat.

El Gurú retiró sus manos de las cabezas de los niños y tomó la mano derecha de cada uno de ellos:

—Según la Voluntad del Gran Señor, os convertiréis en mis discípulos,

como vuestro padre lo fuera antes que vosotros. Os acepto en nuestra Hermandad según la ley de nuestros padres. Ramachandra, ¿qué tienes que decir?

Mi hijo habló, y jamás cesaré de maravillarme de la sabiduría de sus palabras, pues apenas tenía diez años:

—Gurú Bendito, en este día realizo el propósito de mi encarnación. En vidas pasadas fui un discípulo de la Santa Orden. En esta vida continuaré en ese discipulado, y en vidas venideras es mi plegaria y mi esperanza que yo sea siempre siervo del Gran Señor, y realice sus obras.

La que hablaba no era la voz de un niñito sino de un anciano; y comprendimos que nuestro hijo, aunque joven corporalmente, era en realidad viejo de espíritu.

Luego el Gurú se volvió hacia nuestra hija:

— ¿Y qué tienes que decir, Lilya?

Lilya replicó: —Mi hermano pronunció mis palabras, maestro bendito. Aunque en esta vida cuento tan sólo nueve años, también yo fui sierva de nuestra Santa Orden. Dedico mi vida, como hija, esposa y madre, al servicio del gran Señor, que me guiará a la Luz de su presencia; y yo obedeceré a su Gurú en todas las cosas hasta la muerte.

Bien puede imaginarse el júbilo con que Radha y yo oímos las palabras de nuestros hijos, pues supimos que continuarían la labor de nuestras vidas una vez transcurrido el tiempo de nuestro servicio. También pudimos advertir felicidad en el rostro de nuestro Gurú, y en nuestras almas dimos gracias por las buenas cosas que nos acaecieran en el servicio de nuestro pueblo.

Luego el maestro se dirigió a Radha, mi esposa:

—Hija mía en Dios, tu padre fue un Gurú de nuestra orden, como lo fuera su padre antes de él. Cuando naciste, tu padre te trajo a mí y te consagró al servicio del gran Señor. Cumpliste todos los deberes encomendados, y ahora trajiste al mundo un hijo y una hija, que acepté según las leyes de nuestra Hermandad; no fracasaste en nada.

El Gurú extendió su mano y la colocó sobre la de Radha:

—Y ahora, hija mía, te acepto en nuestra bendita hermandad; ya no eres más chela, sino una de mis discípulas.

Poco más puedo decir de esta bendita ocasión. Todos aquellos a los que más quise en el mundo, estaban ahora unidos conmigo en nuestra Santa Orden y compartían conmigo el privilegio de recibir instrucción del gran maestro. Por último, el Gurú se dirigió a mí:

—Nadu, hijo mío, no hay nada más que pueda hacer por ti. Cumplí este día el deseo más secreto de tu corazón. Por ahora debes continuar en tu servicio como paterfamilias. Tus hijos quedarán contigo otros cinco años; entonces me les traerás. Mientras tanto, instrúyelos sobre los métodos de nuestra hermandad y perfecciona su comprensión de la religión y filosofía de nuestra raza. Una vez completada tu tarea como paterfamilias, entonces tú también avanzarás en la Orden. Hasta entonces, que la bendición del Señor de los Señores, que es eterno, sea contigo.

Al día siguiente regresamos a Dharapur, y desde entonces hubo en nuestra casa un nuevo espíritu y vivimos juntos, consagrados plenamente a las enseñanzas del bendito Gurú.

XVII

Una noche, mientras trabajaba en mi pequeño laboratorio, Sunkar Das

me trajo a su esposa. La buena mujer estaba muy preocupada por la salud de su tercer nieto. Cuando el niño nació, el astrólogo familiar advirtió que el niño moriría a los seis años. El tiempo fatal estaba próximo y el pequeño Rabu sufría una imprecisa dolencia tropical, siendo incapaz de retener los alimentos.

La señora Das había traído el horóscopo del niño; lo desenrolló y me suplicó que buscase entre las posiciones planetarias la causa y el remedio para esa dolencia. Lamentablemente yo no era versado en estas disciplinas, aunque viera al Gurú estudiar los horóscopos de sus discípulos.

Le pedí a la señora Das que me dejase el horóscopo y prometí que incluiría la salud de su nieto en mi meditación nocturna. También le sugerí que llevase el niño al hospital a la mañana siguiente, para que pudiese efectuarle un examen físico completo. Como toda la familia tenía plena fe en mi capacidad profesional, se marcharon con alguna dosis de esperanza y alivio.

Después de retirarse el señor y la señora Das, examiné el horóscopo y leí varias veces la parte relativa a la salud del niñito. Había muchos símbolos y figuras curiosas que poco entendí, indicando una enfermedad grave que podría resultar fatal, pero dando pábulo a que el anuncio de muerte no era seguro.

Dejé el rollo abierto sobre la mesa; y luego ofrecí una breve plegaria, pidiendo *se* me diese la sabiduría de salvar la vida del tercer nieto de la señora Das. Era muy tarde y, tras concluir esta simple devoción, cerré el laboratorio y volví a casa.

Al caminar bajo la luz de la luna atravesando nuestro pequeño jardín, oí el sonido de un cayado de hierro golpeando el camino polvoriento. Se acercaba un mendicante religioso y, al llegar, entonaba viejos himnos védicos en un tono alto y fino. No era usual que los santos estuviesen afuera por la noche, por lo que me paré cerca de la puerta de entrada para el caso de que el mendicante pidiese comida.

Pocos instantes después el santo se acercó a nuestra puerta. Era un hombre muy grande y pesado, y caminaba con zancadas largas y potentes. Su pelo, veteado de gris, parecía la cabellera de un león, y usaba una tela blanca con un extremo enroscado sobre su hombro.

Atravesó la puerta e ingresó a nuestro jardín sin vacilar, caminando directamente hacia donde yo estaba, a la sombra de uno de nuestros grandes árboles. Su saludo fue breve y simple:

—Que la Santa Palabra te proteja, hijo mío.

Incliné mi cabeza y repliqué: —Que la Gran Madre te bendiga, Venerable señor.

Luego, según la costumbre, pregunté si necesitaba alimento o morada. El santo sacudió su cabeza.

—Viajé mucho pero mi viaje no concluyó todavía. Nada pido.

Mientras yo estaba bajo la luz de la luna noté que unas luminosas Mamitas titilantes jugueteaban en torno de la cabeza y los hombros del mendicante y supe que era una persona muy sagrada.

—¿Por qué, venerable señor, te has honrado en colocar tu pie sobre la tierra de mi jardín?

—pregunté.

El asceta se apoyó en su cayado y replicó:

—A la noche me llegó un pensamiento desde esta casa; y el pensamiento me dijo que Nadu Chatterji, un discípulo de nuestra Santa Orden, había pedido ayuda para la enfermedad del tercer nieto de Sunkar Das,

¿No es así?

—Realmente es así, venerabilísimo señor; y te doy la bienvenida en nombre de mi bendito Gurú y suplico tu ayuda para la vida de este niñito.

El santo se volvió y caminó hacia mi laboratorio;

—Muéstrame el horóscopo del niño.

Se sentó en el suelo de mi oficina, y desenrollando el largo horóscopo, estudió los extraños símbolos durante un tiempo. Al final habló así;

—Dr. Chatterji, hijo mío, hay enfermedades de la carne que pueden ser curadas por la medicina y la ciencia; y hay otras enfermedades que pueden ser curadas solamente con la ayuda de los Dioses, Percibo que en otra vida este niño fue padre de una hija, y debido a que quería un hijo, fue cruel con la criatura, y la descuidó, y deseó que muriese. A fin de cumplir su propósito, la internó en la selva, y la dejó a merced

de los animales salvajes. Pero habrás de advertir que la destruyó sólo en la intención ya que en la realidad física no cumplió su propósito, pues un ermitaño muy grande y santo descubrió a la niñita y se la llevó a su retiro. Allí creció y se convirtió en una gran Yogini. Esta mujer santificada realizó muchas acciones caritativas *y* buenas, y rogó que de este modo fuese expiado el pecado de su padre, y se le perdonase.

Debido a estas circunstancias el pequeño Rabu ha sido afligido con esta enfermedad; pero será preser-vado a través de las plegarias y las buenas obras de esta santa hermana.

Después de escuchar este relato, pregunté:

—Si el niño se ha de recuperar, venerabilísimo señor, ¿qué tratamientos serán necesarios?

El santo se levantó e indicó que era tiempo de marcharse de la oficina:

—La medicina no será de provecho; iremos juntos a la casa de Sunkar Das.

Luego de una breve caminata llegamos a la casa y vimos que había luces en las ventanas. El niño había empeorado y la familia estaba reunida con el joven médico del plantel del hospital que vivía a] lado.

El santo se dirigió inmediatamente al costado del lecho y miró al niñito, demacrado y atormentado por la fiebre. La criatura estaba consciente pero había caído en raptos de delirio. El santo le habló directamente:

—Rabu, hijo mío, tú conoces la razón de tu enfermedad; *¿se* debe a tu karma por una mala acción de tu vida anterior?

Para asombro de todos el niñito musitó:

—Sí, padre, sé que he pecado.

El santo continuó:

— ¿Te arrepientes del mal que cometiste?

Otra vez el niño susurró:

—Sí, padre; me arrepiento pues sé que abandoné a mí hija y la dejé

morir en el bosque.

El santo habló suavemente:

—Por la bendición del Gran Señor, la niñita fue salvada y cumplió muchas acciones virtuosas, convirtiéndose en una gran Santa; y en sus plegarias te recordó y pidió que fueses perdonado.

Él niño enfermo sonrió débilmente y respondió en voz baja:

—Padre bendito, me traes gran felicidad al saber que mi pecado no destruyó a mi hija.

El santo entonces dijo:

—Estoy aquí para cumplir el ruego de la gran Yogini, tu hija. Mira, traigo su ruego en mis manos y te lo doy en tu corazón; que seas fuerte y consagres tu vida a las buenas obras.

El asceta ahuecó sus manos y luego las extendió sobre el corazón del niño enfermo. Después se volvió hacia los padres:

—Den alimento a la criatura; vivirá; y cuándo sea hombre será padre de una hija, y la amará muchísimo, y a través de ella realizará lo que no logró cumplir en una vida anterior.

Luego el santo se volvió hacia mí: —Recorrí hasta aquí un largo trayecto y mucho tengo todavía que recorrer. Adiós, en nombre de nuestra Santa Orden.

Se alejó silenciosamente de la habitación y oí el sonido de su cayado y la nota fina y alta de su canción mientras se desvanecía en la noche.

Rabu se recuperó y llegó a ser un niño fuerte y bello.

XVIII

Para la época en que mi hijo cumplió quince años, el Gurú visitó Dharapur como huésped del Maharajá Rama, En los terrenos del palacio había un edificio bello y pequeño, de mármol blanco, incrustado con dibujos de vidrio azogado. Este edificio fue separado para uso del Gurú y sus discípulos, *y* aquí el maestro recibía

importantes visitantes.

La Maharani era una mujer de fuerte carácter *y* mente progresista, y sus simpatías estaban enteramente consagradas al programa social de Su Alteza Real. En años recientes la Maharani sé había interesado por el misticismo y las doctrinas esotéricas de nuestra antigua religión. Deseaba discutir estas cuestiones con el Gurú, y esta era la principal razón de su visita a Dharapur.

Sabedor de que me había llegado el tiempo de llevar nuestros hijos al maestro, efectué los arreglos necesarios para este gran cambio en nuestras vidas, y con mi pequeña familia viajé a la capital. Su Alteza Real nos recibió amablemente e insistió en asignarnos departamentos en el palacio.

El Maharajá había admirado mucho el palacio de Versailles, con sus jardines. Había traído arquitectos y artesanos de Europa para que le construyeran un palacio según el modelo de los reyes franceses. Y luego amuebló las grandes habitaciones con antigüedades valiosísimas, de diseño y estilo apropiados; y fue aquí, en medio del duplicado esplendor de una corte francesa, donde vivió con su única esposa.

En esta ocasión tuve el privilegio de encontrar a Su Alteza el Príncipe Heredero. Era un bello joven, alto y delgado, y muy afable. Adoraba a su padre, y estaba ya resuelto llevar a cabo, en todo aspecto, el programa de servicio público que el Príncipe Rama instituyera. El Príncipe Heredero era estudiante de Oxford y había regresado a Dharapur para sus vacaciones de verano.

Durante su estada con el Maharajá, el Gurú nunca entró en palacio, pero en ocasiones llegaba para sentarse en los anchos peldaños blancos que llevaban hasta la sala del trono y las cámaras del estado.

Aquí observaba la entrada y salida de los personajes importantes, y cuando el día era excepcional mente bueno se permitía el lujo de un baño de sol. A veces el Rama salía a sentarse con él y juntos discutían los problemas de la literatura clásica en los que el Maharajá era hondamente versado.

Una tarde en que el Gurú estaba sentado calladamente en los anchos peldaños, me acerqué y le pedí permiso para interrumpir su quietud. Me hizo señas de que me sentara, diciendo:

—Nadu, hijo mío, me trajiste los niños, por lo que te diré qué decidí sobre su futuro. Decidí que tu hijo siga en la tarea que has efectuado,

para que ocupe tu lugar cuando llegue el tiempo de que te retires a la vida santa. El Maharajá da su aprobación, y me asegura que tu hijo gozará de su patrocinio. En cuanto a tu hija, tengo para ella planes inusuales. Es mi deseo que se convierta en líder de la nueva vida política y social de las mujeres hindúes. Por tanto, ella recibirá una educación formal en ciencia política. Una vez que complete la instrucción que yo considere adecuada, la enviaré a Europa y probablemente a América.

Nuevamente me alegré de la gran sabiduría del bendito Gurú y del profundo conocimiento que tenía sobre los caracteres de nuestros hijos. Muchas veces mi hijo Ramachandra me había dicho que deseaba ser como su padre, un médico. Y Lilya, mi hija, había leído todos los libros que podía encontrar relativos a las reformas sociales que estaban cambiando el estado del pueblo hindú.

Esa noche, Radha y yo llevamos los niños al Gurú que se hallaba en la bella casa de huéspedes, construida con mármol. Aunque el edificio estaba totalmente equipado con luces eléctricas, el maestro prefería su lámpara de aceite; y su llama diminuta se reflejaba en los miles de fragmentos de espejos incrustados; parecía como si el Gurú estuviese sentado en medio de incontables estrellas pequeñitas.

Nuestro maestro recibió a los niños con gran afecto, y les habló así:

—Ramachandra, hijo mío en Dios, y Lilya, hija mía en Dios, habéis sido traídos a mí esta noche según los antiguos métodos de nuestros padres. El mundo está cambiando, y los hombres viven de acuerdo a nuevas normas. Pero en medio de un modo de vida y pensamiento siempre cambiante, el viejo camino permanece inmodificado. El mundo tiene muchos príncipes y muchos gobernantes, y hay muchas naciones, con muchos ideales y propósitos. Pero el Señor de los Señores gobierna por siempre desde la sagrada isla en el océano de arena. Muy por encima de las montañas es *tá* sentado sobre su trono de loto, llevando el tridente y la concha. Ante él deben prosternarse todos los príncipes de la tierra, pues él es el

Señor de todos. Sus métodos nunca cambian, sus propósitos son por siempre los mismos; y todos los que sirvan a su pueblo deberán obedecer sus leyes y seguir el camino que conduce a él.

—Hijos míos, ahora estáis consagrados a él. Yo soy un humilde Gurú,

un maestro de sus leyes, y mi deber consiste en instruiros en sus métodos y en pro de su causa. Si le amáis me obedeceréis, y cumpliréis sin cuestionarla cualquier acción que os pida. Al obrar así, os disciplinaréis—; y la autodisciplina es el camino medio que conduce a la Ciudad Sagrada. Al obedecerme no me servís sino que os perfeccionáis en la obediencia. Sabed, hijos míos, que la obediencia es la virtud perfecta. Nos engrandecernos hasta el nivel en que obedecemos. No hablaré más de estas cuestiones, pues doy por sentado que las entendéis. De ahora en adelante, yo soy vuestro nuevo padre, guardián y maestro.

Luego el maestro abrazó a los niños por separado e hizo sonar la campanilla de plata que estaba siempre junto a él. Se aproximó en silencio una señora mayor, con largo sari marrón. El Gurú le dijo:

—Santa hermana, estos son los niños que Dios me ha dado. Llévalos al cuarto que se preparó, y provee a sus necesidades.

De este modo nos separamos de nuestros hijos y no los volvimos a ver durante ocho años.

Al día siguiente Radha y yo regresamos al hospital, y pocos días después el Gurú se marchó para un largo peregrinaje por el País del Norte. Llegó hasta Nepal y nuestros hijos le acompañaron. Por medios indirectos me enteré que nuestro hijo permaneció con el Gurú cerca de un año y que luego fue inscripto en una buena escuela de Delhi. Nuestra hija vivió en una casa de la hermandad cerca de Calcutta, y tuvo el privilegio de recibir mucha instrucción del mismo Gurú. Este se interesó mucho por su educación y a los dieciocho años la envió a Inglaterra, donde vivió en el Ashram de nuestra Orden.

No hicimos esfuerzos para tomar contacto con nuestros hijos, sabedores de que cuando llegase el tiempo de verlos el Gurú se comunicaría con nosotros. Durante un lapso nuestra casa parecía muy vacía, pero en nuestros corazones estábamos enteramente contentos y dábamos gracias diariamente a la Gran Madre de que nuestros niños hubiesen hallado el viejo camino que conduce más allá de las montañas del Gran Señor que gobierna la Ciudad Sagrada.

XIX

Cuatro años después de llevar nuestros hijos al Gurú surgió una grave situación en una de las provincias norteñas, limítrofe con nuestro estado. Algunas de estas provincias eran gobernadas por hombres menos sabios y desinteresados que nuestro venerado Rama. Estos príncipes feudales dilapidaban sus fortunas en placeres personales, y descuidaban las necesidades de sus súbditos. En algunos casos el Gobierno Británico interfería forzando a los estados feudatarios a instituir reformas modernas. Sin embargo, si el príncipe local no simpatizaba con ello, el procedimiento era extremadamente difícil y lento en cuanto a resultados.

A fines de otoño quedó en evidencia que el hambre era inevitable en este estado vecino. Nuestro Maharajá despachó generosamente gran cantidad de alimentos, pero Dharapur no es un país grande y los suministros fueron insuficientes.

El invierno fue muy riguroso y durante la primavera hubo devastadoras inundaciones. Todos sabíamos que la enfermedad era inevitable, y no nos asombró que el verano trajese consigo el cólera.

Muchas familias abandonaron sus hogares para huir de la temible enfermedad, buscando refugio en Dharapur. El Rama, plenamente consciente de que esta migración introduciría el cólera en su estado, construyó una cantidad de comunidades temporarias, lejos de las ciudades, para alojar a estos refugiados.

Una de las mayores de estas comunidades estaba a pocos kilómetros de mi hospital, y a pedido del Rama, acudí con un plantel de médicos y enfermeras para determinar las condiciones sanitarias y establecer un sistema adecuado de profilaxis.

Como lo temíamos, el cólera surgió en varias comunidades temporarias y en pocos meses enfrentamos una epidemia mayor. El Maharajá y la Maharani se expusieron temerariamente al morbo, trabajando día y noche junto con sus médicos y sus funcionarios. Aunque el Rama era de salud débil, los Dioses protegieron su casa y ninguna de Sus Altezas contrajo la peste.

En mi distrito el promedio de defunciones llegó a cincuenta por día, afectando especialmente a las criaturitas y a las personas mayores. Los suministros, especialmente las medicinas, escasearon, y los envíos llegaban en trenes especiales. Una cantidad de médicos y enfermeras que colaboraban conmigo quedaron tan agotados por exceso de trabajo que cayeron víctimas del cólera y murieron con sus pacientes. Radha y yo hicimos todo lo que pudimos pero era evidente que la epidemia estaba fuera de control.

Una noche, mientras yo revisaba una lista de nuevas víctimas que debía visitar al día siguiente, por alguna razón mi mente retornó a los tiempos en que yo daba largas caminatas con el Gurú y el viejo discípulo que estudiaba botánica y hierbas. Recordé que mi maestro un día había señalado una plantita que crecía en abundancia al borde del camino. En esta ocasión él dijo:

—Cuando los Dioses benditos crearon el mundo con su meditación, llenaron sus partes terrenas con semillas. De estas semillas crecieron toda clase de plantas, y todas estas plantas tienen en sí poderes curativos. En cada tierra hay hierbas peculiares de esa tierra, adecuadas a la curación de una enfermedad típica de esa tierra. Esta humilde hierba tiene en sí una gran virtud. Si se hierven sus hojas con el tallo y las raíces, son un remedio contra el cólera.

Me esforcé por recordar la apariencia de esa planta; pero eso había ocurrido hacía tantos años que no podía estar seguro. Tomé algunos libros y traté de hallar una figura que me hiciese acordar; pero nada había que sustentase lo que yo tenía semiolvidado en la memoria.

Resolví pedir ayuda a mi maestro bendito y le envié mis pensamientos con mi respiración, como me enseñara. Dije silenciosamente en mi corazón:

—Bendito padre en Dios, tus hijos están en gran aflicción, tu pueblo muere. En tu infinita misericordia envíame el recuerdo de la planta que curará su enfermedad.

Luego permanecí en silencio, esperando; pues sabía que el Gurú oiría mi llamado dondequiera estuviese; y si lo juzgaba bueno, mi pedido sería contestado.

De pronto mi atención se sintió atraída hacia las flores de un florerito que había sobre mi escritorio.

Radha amaba las flores y todos los días me las traía del jardín. Al mirarlas, cambiaron; se modificó la

forma de las hojas; y comprendí que mi ramito era ahora tan sólo un manojo de hierbas ordinarias del jardín. Entonces me di cuenta de lo sucedido. La planta del florerito era la que yo buscaba. El Gurú había oído mi plegaria y me respondía de este modo.

Tomando rápidamente la planta, estudié su formación; se la podía conseguir en grandes cantidades en las bajas colinas del Oeste del hospital. Al día siguiente tomamos el taxi de Mahadeo Rao y en pocas horas llenamos el asiento trasero con manojos de esa planta corta y gruesa. No teníamos tiempo para secar la hierba propiamente, de modo que utilizamos el equipo esterilizador para evaporar la humedad. El té obtenido con la planta lo ensayamos primero con los pacientes del hospital, y descubrimos que su efecto era casi mágico. Tan pronto estuvimos seguros de que el remedio era efectivo, telegrafié al Rama; y se hicieron arreglos para recoger enormes cantidades de la hierba y preparar el remedio en el gran laboratorio de Dharapur.

Así fue que, a través del amor siempre presente del Gurú bendito, el cólera fue controlado; y vivieron muchos miles que, de otro modo, habrían muerto con seguridad.

XX

Tiempo después la hierba fue analizada químicamente por varios científicos británicos, y su informe fue por demás asombroso. Hasta donde pudieron descubrir, la planta no contenía elementos químicos que la dotasen de virtudes médicas especiales y con todo, de algún modo extraño, era una panacea para el virulento morbo. Siempre deseé poder pedirle una explicación al Gurú bendito. Creo que me habría dicho que en la naturaleza hay secretos que desafían a la ciencia y dan testimonio del accionar peculiar del poder divino.

Pocas semanas después de cesar el cólera, recibí un mensaje de felicitación del Maharajá Rama. Me dijo que le complacía hacer especial mención de mi trabajo, y de mi descubrimiento médico, en su informe al Virrey, y me anunció que este informe sería girado a Su Majestad el Rey Emperador y que, con toda probabilidad, yo recibiría una comunicación directa del Gobierno Británico.

El Rama añadió en tono más bien juguetón que parecía haber una considerable división de criterios en los círculos científicos sobre la importancia de mi descubrimiento, y hasta una perceptible tendencia a desmerecer mis hallazgos. Me aconsejaba ignorar la controversia, y continuar mis indagaciones sobre las propiedades curativas de la hierba. : Por lo tanto yo estaba algo preparado cuando recibí una comunicación oficial del Virrey invitándome a Nueva

Delhi, y expresando su cálida gratitud personal por mi servicio a la Corona.

Radha y yo fuimos a Dharapur donde nos encontramos con el Maharajá; y viajamos a Nueva Delhi junto con él en su tren privado. Tuve la oportunidad de explicar que el descubrimiento no me pertenecía sino que me lo había transmitido en mi extrema necesidad mi Gurú, a quien se debía todo el mérito. El Rama sonrió.

—Dr. Chatterji, entiendo estas cosas; pero el Virrey no entenderá. Temo que deberá "aguantarse" el descubrimiento.

Después de llegar a Delhi supe que el Rama tenía la intención de presentarme personalmente al Virrey.

El Maharajá tenía un pequeño palacio en Nueva Delhi, y allí permanecimos mientras se efectuaron los arreglos finales. Recuerdo claramente que la hora establecida para mi presentación era las cuatro en punto de la tarde de un miércoles. A las tres y cuarto Radha y yo nos encontramos con el Maharajá en su espaciosa sala de recibo. Su Alteza Real vestía un largo saco amarillo, de brocado, y lucía muchas

condecoraciones y las insignias de su grado. Sus bellos collares de perlas son los más finos de la India, contándose entre los tesoros de su familia durante siglos. Llevaba una espada enjoyada, magníficamente incrustada en diamantes, rubíes y esmeraldas.

Cuando llegamos a Nueva Delhi, una especial guardia de honor aguardaba para recibir al Rama. Los edificios del Gobierno son muy imponentes. La arquitectura revela considerable influencia hindú y los edificios son de piedra arenisca rojiza.

A su tiempo nos condujeron hasta una pequeña sala de recepción donde el Virrey nos atendió amablemente y de modo muy informal. Era un caballero inglés alto y delgado, con rostro aquilino y mejillas más bien prominentes. Su voz era cultivada, suave, inequívocamente británica. El Rama me presentó como un amigo querido y de confianza. Me sentí muy humilde al escuchar sus palabras elogiosas. Su Alteza Real presentó luego a Radha, y el Virrey pareció especialmente interesado cuando e]

Rama le contó sobre lo mucho que ella había hecho para ayudar al pueblo de nuestra provincia.

Estaban presentes pocos dignatarios, y éstos fueron presentados a su vez. Luego nos sentarnos, y el Virrey me pidió le narrase algo de mi experiencia en el hospital, y de la labor desarrollada por los médicos locales durante la epidemia de cólera. Permanecimos cerca de media hora y relaté mi historia simplemente, señalando que nuestro buen éxito se debía en gran medida a la sabiduría y benevolencia de Su Alteza Real el Maharajá Rama.

Entonces el Virrey dijo que estaba informado de que yo era discípulo de ese hombre venerabilísimo llamado Sri Purascharanacharya; y que mi vida estaba consagrada a la Santa Hermandad de místicos; por ello, había juzgado conveniente que la recepción fuese simple, de acuerdo con los preceptos de la vida

ascética. Expresé hondo agradecimiento hacia la consideración y comprensión de Su Señoría. Entonces el Virrey se levantó, invitó al Rama a que caminase junto a él, y encabezó la marcha a través de varias puertas anchas, entrando en una gran sala sin otro mobiliario que dos grandes sillas sobre un bajo estrado.

Allí esperaban varios edecanes y otros funcionarios. El Virrey y el Rama se sentaron, y Su Señoría recibió un importante documento. Levantándose, agradeció la presencia del Rama, y luego se dirigió a mí ante el pequeño grupo de personas:

—Dr. Nadu Chatterji, Director del Hospital de las Colinas del Norte del Estado Soberano de Dharapur; en el curso de vuestros deberes profesionales habéis efectuado una valiosa contribución a la salud y bienestar del pueblo bajo vuestro cuidado, y a todo el pueblo de la India. Debido a la excepcional naturaleza de este servicio, las circunstancias concitaron la atención del Gobierno de Su Majestad. Tras debida consideración el Gobierno de Su Majestad se complace en reconocer vuestros servicios de una manera acorde al mérito de éstos. Por ello estoy facultado a conferiros, Nadu Chatterji, la Orden de la Caballería, distinción señaladísima e inusual.

El Virrey descendió de la plataforma, y uno de los oficiales le alcanzó una espada. Yo apenas sabía qué hacer, mas Su Señoría me indicó gentilmente que me hincase sobre una rodilla. Entonces el Virrey tocó mis hombros con la espada, diciendo:

—En nombre de su potentísima Majestad Jorge; por gracia de Dios el Quinto; Rey de Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales; Emperador de la India, Protector de las posesiones de ultramar de Su Majestad, y Defensor de la Fe, os armo caballero, confiriéndoos la Orden de la Caballería. Levantaos, Sir Nadu Chatterji.

Cuando me levanté, el Virrey me entregó la espada:

—Sir, ésta es vuestra espada; que su hoja brille siempre, y sólo sea utilizada para defender a Dios, al Emperador y a la Justicia.

Todos esperaban y era evidente que se aguardaba que yo dijese algo. Miré al Rama y sonreí animosamente, tratando de expresar mi agradecimiento.

—Su Señoría, y Su Alteza Real: Jamás pronuncié un discurso, y escapa a mi comprensión la razón de que me hayáis escogido entre tantos otros más dignos que yo de recibir el honor. Como Su Señoría dijo antes, estoy consagrado a una vida santa, y soy uno de los más humildes discípulos del Jagat Gurú Sri Purascharanacharya. Su inspiración, su sabiduría y su amor pusieron mi vida en el sendero de las buenas obras. Todo lo que sé lo obtuve de él; y por sobre todo, él me enseñó a vivir desinteresadamente, sirviendo a quienes necesitan, según la ley de nuestra religión. Él es quien debería recibir todos los

honores y todas las distinciones. Él es el maestro de mi vida. Agradezco profundamente esta acción bella y generosa de parte del Gobierno de Su Majestad, y procuraré ser digno de la confianza que me demostrara. Amo a nuestro pueblo y continuaré sirviéndole con lo mejor de mi capacidad, pero mí vida no me pertenece; pues en todas las cosas obedezco a mi Gurú, a quien debo toda fidelidad después de Dios.

Cuando concluí, desde el rincón de la sala una voz dijo:

—Hijo mío en Dios, tus palabras son buenas, y de acuerdo con la modalidad de nuestra Orden Bendita.

Me volví y sentado tranquilamente en el suelo, contra la pared, detrás de mí, estaba mi maestro bendito, con su brazo reposando sobre su cayado ahorquillado. Temo que mis acciones no estuvieron de acuerdo con la estricta etiqueta de la ocasión. Por el momento olvidé la presencia del Virrey y del Maharajá; corrí hacia mi maestro y, de rodillas ante él, puse la espada a sus pies:

—Amado maestro, tu discípulo aguarda en este momento tus palabras de sabiduría.

El Gurú tomó la espada y la colocó sobre sus rodillas:

—Hijo mío, ganaste este reconocimiento y está bien que lo recibas; pues esto inspirará a otros de nuestro pueblo a cumplir acciones meritorias. Los honores de este mundo son en sí mismos de poca consecuencia, mas el espíritu que les confiere es de gran importancia. Es bueno que los hombres se honren recíprocamente por sus virtudes. Tienes una nueva carga que llevar pero la llevarás con sabiduría hasta concluir tu obra en el mundo de los hombres.

Nadie había visto entrar al Gurú y era evidente que el Virrey estaba asombrado, pero sabía lo bastante de la India como para no decir nada. Los demás que estaban allí reunidos aguardaron en silencio y con respeto.

Entonces el Gurú me dijo:

—Sir Nadu Chatterji, puedes presentarme al Virrey.

Fue una situación tensa, pero Su Señoría la afrontó con compostura admirable. Levantándose, descendió del estrado y, acercándose al Gurú, se inclinó formalmente Dije a modo de presentación:

—Sri Ramachandra Arjunananda Purascharanicharm tengo el honor de presentar a Su Señoría el Virrey de la India.

El Gurú inclinó su cabeza hacia el Virrey:

—Que las bendiciones de los Dioses sean contigo, hijito mío; te agradezco, como agradece un padre, el honor que le conferiste a mi discípulo, que es mi hijo en Dios.

El Virrey respondió sosegadamente:

—Sri Purascharanacharya, estoy informado de que el descubrimiento del remedio para el cólera se debe a ti Lamentablemente no tenemos medios para evaluar lo misteriosos recursos de tu religión; por ello honramos al doctor que dio este descubrimiento al mundo. Estoy seguro de que si el Gobierno de Su Majestad pudiese hacerlo te conferiría grandes honores por las muchas cosas sabias y maravillosas que has hecho.

El Gurú sonrió y sacudió su cabeza:

—Es criterio de nuestra filosofía, Su Señoría, que obras de los Dioses sean dadas al mundo a través de discípulos de nuestra Santa Orden. Así ocurre también en tu mundo; Dios es la fuente de todo bien, mas se recompensa a los hombres y no a Dios por obras. Los hombres deben cumplir estas obras sus vidas a acciones desinteresadas, y aunque deriva de Dios, estos hombres merecen los honores que se les confirieron. Me has honrado a través de mi discípulo, y has honrado a nuestros Dioses en la misma medida. Así está bien.

Entonces el Gurú se volvió hacia mí y me dijo con una rara sonrisa:

—Y ahora, hijo mío, viajé mucho y tengo todavía una gran distancia que recorrer. Adiós, hasta el día que ha de venir.

El Gurú indicó que deseaba levantarse, por lo que me apresuré a ayudarle. Al levantarse, el cayado de hierro estaba en su mano; y sin pronunciar otra palabra a nadie salió lentamente de la habitación; y me pareció oír el distante tintineo de una campanilla de plata.

Fue así que me convertí en Caballero del Imperio, y si bien esto fue un gran honor, lo juzgo más importante todavía en razón de que el Gurú

bendito se reveló en esa ocasión al Virrey y bendijo la labor que yo había cumplido.

Llevóse mi espada consigo; y años después la encontré en su Ashram ante el altarcillo que tenía los cuadros de Krishna.

XXI

Mis últimos tres años de labor como Director de Salud del Estado de Dharapur los consagré principalmente a la preparación de un libro de texto sobre enfermedades tropicales. El Maharajá me permitió amablemente que le dedicase la obra, y me aseguró que financiaría su publicación y distribución. Radha y yo abandonamos nuestra casita en las colinas y vivimos en la ciudad capital, donde podíamos estar en contacto más estrecho con los numerosos proyectos sanitarios del Estado. Su Alteza, el Príncipe Heredero pasaba mucho tiempo conmigo, pues la salud del Rama ya no le permitía tomar parte tan activa en su programa, como en los primeros años.

El Gurú me había dicho que mi período de discipulado como paterfamilias sería de veinticinco años. Una vez completado ese lapso, pedí permiso al Maharajá para presentar mi renuncia y volver a la vida de un asceta religioso. Su Alteza Real fue lo bastante benévolo como para entender mi devoción a la obra espiritual de nuestra Orden, y aceptó mi renuncia, relevándome de mis diversos deberes.

Luego de liquidar todos mis asuntos mundanos, Radha y yo salimos de Dharapur para encontrarnos con el maestro en Kailasvastu. Cuando llegamos allí nos regocijamos de hallar a nuestros hijos, a quienes el Gurú había citado para esta importante ocasión. Ramachandra, mi hijo, un joven fino y alto, debía graduarse en la Universidad el año siguiente. Lilya, mi hija, había estado estudiando en la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos de Norte América, desarrollando un punto de vista muy occidental.

Pasarnos muchas noches con nuestros hijos crecidos, y descubrimos que, en todo sentido, habían satisfecho nuestras supremas expectativas y esperanzas. En una de estas conversaciones Lilya me dijo:

—Venerabilísimo padre, sé que se aproxima el tiempo de que efectúes tu peregrinaje a los Grandes que inoran más allá de las montañas. Por

cuánto te irás, y si regresarás o no, depende de la Voluntad de los Dioses. Esta tarde hablé con el Gurú bendito sobre el futuro de nuestra amada madre. Era mi esperanza que regresase conmigo a Norteamérica, hasta que ya completase allí mi educación. El maestro, en su amable comprensión, estuvo de acuerdo.

Lilya se me acercó y, arrodillada junto a mi silla, puso sus manos en las mías:

—Radha, tu amada esposa, y Lilya, tu obediente hija, te esperarán cuando hayas completado los deberes de tu vida religiosa. Si no regresas, estaremos contigo en el pensamiento.

Al día siguiente el Gurú bendito me llamó.

Cuando me senté ante él en el rincón de la tela blanca, me resultó difícil comprender los muchos años que pasaran desde que fui su chela por primera vez. El largo cabello del Maestro estaba todavía veteado con la misma línea gris que yo viera cuando le encontré por primera vez. Mi propio cabello estaba también canoso ahora, y muy ralo; pero en mi corazón yo era todavía el niño de trece años que salía corriendo del jardín paterno hacía casi cuarenta años.

Después de unos instantes el Gurú bendito habló:

—Nadu, mi hijo espiritual, volviste al sendero de los Dioses. Tu obra como padre de familia ha terminado. Hiciste tu parte para ayudar al pueblo de la India. Durante veinticinco años serviste a las necesidades de nuestra Gran Madre. Nadu, fuiste un buen discípulo; me obedeciste en todas las cosas y en nada me fallaste. Este día está completa nuestra asociación como maestro y discípulo. Te libero de todas las obligaciones que tenías para conmigo, Ya no eres más mi discípulo; ya no eres más mi hijo.

Me volví hacia el maestro y mis ojos estaban húmedos en lágrimas:

—Amado padre, no deseo que me liberes; deseo sólo ser tu discípulo tanto cuanto viva. Sólo deseo obedecerte; no tengo otra vida.

El Gurú hizo señas de comprensión con su cabeza:

—Está de acuerdo con nuestra ley, Nadu, que tengas siempre a tu maestro en el más profundo respeto, porque es el padre de tu vida espiritual. Pero así corno un hijo debe salir de la casa paterna y cumplir su propio destino, de igual modo deberás salir de mi casa siguiendo el camino que conduce hacia los Dioses.

Te serví y por ese servicio estarás siempre agradecido, pues tu naturaleza es ser agradecido. Pero, Nadu, el camino es largo, y mi Ashram es sólo una casita de descanso al costado del camino. Te enseñé todo lo

que puedo enseñarte. Ahora debes ir en busca de otros que te enseñen más, y debido a que quienes aprendieron más, más deben dar, te convertirás en maestro, pues enseñando aprenderás.

El Gurú se inclinó y me abrazó:

—Nadu Chatterji, ya no eres más mi discípulo, eres mi amigo; ya no eres más mi hijo, eres mi hermano.

Nadu, mi hermano en Dios, acepta la bendición de tu amigo.

Después, el Jagat Gurú me dijo que en poco tiempo viajaríamos juntos a Shigatse, en el Norte del país, sobre la frontera con Tíbet. Iríamos en santa peregrinación, a pie todo el trayecto, acompañados por unos pocos discípulos mayores.

Cuando llegó el tiempo del peregrinaje, me quité por última vez las ropas europeas y vestí las de un mendicante religioso. Desde ese día dejé de ser el Señor Doctor para convertirme en un santo hindú, uno de los cuatro millones de nuestro pueblo, consagrados al servicio de los Dioses de nuestros padres. Vestí una tela amarilla en torno del cuerpo, y collares de cuentas de madera alrededor del cuello. Uno de los discípulos me talló un cayado y le puso un regatón de hierro, y Radha, mi esposa, me dio un cuenco de hojalata, atado en un trozo de tela amarilla. Allí podía yo conservar los pocos bienes mundanos que me acompañarían en mi viaje. En este cuenco puse las últimas cartas de mis padres, retratos de mi esposa e hijos, y un anillo que me diera el Maharajá Rama al despedirnos. Asimismo, envolví cuidadosamente y deposité en el *Iota* una imagen pequeña de Krishna, tallada en marfil, que me diera el Gurú bendito.

Después de una afectuosa despedida de mi esposa e hijos, que pidieron mi bendición, confiriéndoselas con todo mi corazón, me encontré con el Gurú; y juntos recorrimos a pie el camino polvoriento que conducía desde el Ashram hasta las grandes montañas del Norte. Nos acompañaban cinco discípulos, que nos seguían detrás a corta distancia. Viajamos muchos días, atravesando pueblos y realizando

varias tareas útiles.

En un pueblo dos hombres discutían sobre la propiedad de una vaca. Cuando llegamos, los principales del lugar se congregaron alrededor de nosotros y nos suplicaron resolviésemos el diferendo. El Gurú y yo nos sentamos bajo un árbol, y se adelantaron ambos hombres, uno de ellos conduciendo la vaca.

Permanecí en silencio mientras el Gurú evaluaba la discusión. Finalmente se inclinó y tomó un guijarro; luego se dirigió a los dos hombres:

—Hijos míos, esta piedrecilla es parte del cuerpo de nuestra Gran Madre, la Tierra. La sostendré en mi mano; sepa cada uno cuál es la verdad en sus corazones. Luego, trate cada cual de sacarme esta piedra de la mano. Quien es honesto podrá tomar la piedra, mas quien no lo es carecerá de fuerza para quitármela.

Ambos hombres quedaron en silencio, se miraron y observaron a los comarcanos allí congregados.

Después de varios segundos, uno de los hombres se adelantó y quitó la piedra de la mano del Gurú. El viejo maestro sonrió:

—Hijo mío, la vaca te pertenece.

Fue de esta manera que viajamos hasta Shigatse, donde llegamos después de casi siete semanas.

XXII

En Shigatse paramos en una casita de descanso construida años atrás por un rico comerciante para uso de los mendicantes religiosos. A pesar de su edad el Gurú no parecía cansado por la larga caminata y recibió varios visitantes en el patiecito que rodeaba la casa de huéspedes. Cerca vivían otros dos santos, que llegaron para interrogar al maestro sobre la interpretación de ciertos versos del Rig-Veda. El Gurú se los explicó extensamente y con profunda sabiduría.

A la mañana siguiente, al amanecer, nos dirigimos juntos hasta el linde del pueblo. Las montañas nos rodeaban por todos lados y hacia

el Norte el sol naciente se reflejaba en las sombras rosadas y púrpuras de los grandes glaciares de Himavat. Más allá del pueblo había una ancha meseta que se extendía varios kilómetros hasta encontrarse con las elevadas colinas. Cruzaba esta meseta un camino de tierra, en espiral, con la huella de las ruedas de madera de las yuntas de bueyes. El Gurú se detuvo en el linde de esa planicie y señaló el camino:

—Allí, Nadu, hermano mío, está el camino de los Dioses. Debes recorrer solo ese camino. No debes preguntar dónde vas, ni por qué vas, ni a quién encontrarás en el camino. Conservando en tu corazón el inapreciable tesoro de nuestra ley bendita, debes seguir hasta encontrar a los Dioses de acuerdo con su voluntad y placer. Tal vez debas seguir este camino por muchos años; tal vez te hallen en realidad débil y anciano antes de llegar al fin de este camino. Tal vez caigas y mueras en algún sitio, en el Norte, junto a este camino errante. Pero ten siempre presente que en algún lugar del Norte está lo que buscas; en algún lugar, más allá de las montañas, los Dioses están esperando.

Me arrodillé a los pies del Gurú para recibir sus bendiciones. Puso su mano sobre mi cabeza, diciendo:

—Nadu, hermano mío, recibe ahora la bendición de un anciano que sirvió a los Dioses. Mi fuerza va contigo, pero ahora sólo tu propia fuerza puede servirte verdaderamente.

Luego me hizo señas de que me levantase y me abrazó, y pude ver que había lágrimas en sus ojos.

Entonces elevó sus manos sobre mi cabeza y pareció estar hablando a alguien que estaba mucho más allá de las montañas:

—Gran Señor del Mundo, sé gracioso con Nadu, mi hermano. Inclínate desde tu trono de loto y toma su mano, guíale por el viejo camino en las huellas de nuestros padres, y atráele hasta tu Yo Bendito, según la promesa de nuestra fe. Om Tat Sat.

Cayado en mano y llevando mi pequeño cuenco de latón envuelto en la tela amarilla, me alejé de mi Gurú y empecé a recorrer el áspero y escarpado camino con mis ojos fijos en el Norte. Crucé lentamente la pequeña planicie, y al llegar al fin de la meseta miré hacia atrás. Allí, en las largas lanzas del primer sol matutino, estaba el Jagat Gurú, inclinado sobre su cayado de hierro, contemplándome. Le saludé con mi mano, y él alzó la suya, bendiciéndome.

Más allá de la meseta, el camino se enroscaba en valles profundos y

orillaba altos acantilados. Había arroyuelos, algunos de los cuales debí cruzar nadando, y sitios montaraces donde el sendero parecía desaparecer. El camino se ahondaba cada vez más dentro de las montañas. Por la noche había unas pocas casitas de descanso donde se habían detenido otros peregrinos, pero en todo el sendero no encontré a nadie.

Mi alimento consistía principalmente en bayas y hierbas que había aprendido a conocer, y bebía el agua que fluía de los derretidos glaciares de las alturas.

En la noche del día duodécimo había quedado detrás el último vestigio de mundo construido por el hombre. Ya no había siquiera casas de descanso y dormí en el bosque. La región era muy bella.

Poco antes del anochecer, el camino llegó a una rara formación de rocas oscuras. Estas parecían como apiladas formas de templos y sagrarios. El sendero conducía a través de estas rocas. Cuando se puso el sol, el cielo estaba tan brillantemente estrellado que era fácil seguir el sendero. Luego, una delgada luna de plata añadió su luz y la noche era extrañamente calma y silenciosa; y supe en mi corazón que me estaba aproximando a un lugar santo.

Poco después advertí una suave luz que brillaba desde las rocas que estaban frente a mí. La luz era de color rosa dorado, y parecía titilar y refulgir de un modo extraño. Luego, al seguir una vuelta del sendero

vi ante mí la fuente luminosa. En una saliente rocosa junto al camino estaba sentado un anciano sobre un almohadón de seda amarilla. Su pelo níveo caíale alrededor de sus hombros hasta la cintura, y en su frente tenía la marca amarilla de casta, con el Tridente de Shiva, Al instante le reconocí. Era el Señor de los Señores, el Sublime Rishi, Azurelarna, el maestro de mi amado Gurú. La luz rosada titilaba en torno de su cuerpo, y sus grandes ojos suaves miraban directamente dentro de mí.

El Señor Sublime habló:

—Nadu-, hijo mío, ¿me recuerdas? Estuve sentado bajo una sombrilla de lona en el Segundo Ghat en Allabahad, en el Kumbhmela, cuando tenías trece años de edad. Fue en esa ocasión que te dije serías un anciano antes de ver otra vez la sombra de mi mano.

Me postré al pie del trono de roca en el que estaba sentado el gran Rishi.

—Ser Sublime, —exclamé— desde el primer día llevé tu rostro en mi corazón; sabía que tus palabras se cumplirían, y que algún día vería la sombra de tu mano.

—El Señor de los Señores habló nuevamente:

—Nadu, hijo mío, has venido en busca del camino de los Dioses, *y* yo soy el guardián de la próxima casa de descanso donde deberás demorarte por un tiempo. Nadu Chatterji, eres mi discípulo, como tu Gurú bendito lo fue antes que tú.

Fue allí, entre las rocas, en esa noche estrellada, donde me senté a los pies del Señor de los Señores y recibí sus instrucciones:

—Nadu, hijo mío, en nombre del Sin-Nombre que mora en el espacio intemporal, te consagro como Gurú, maestro de nuestra doctrina atemporal. Tendrás tus propios discípulos, que te querrán como tú quisiste a tu maestro. Les instruirás según la ley de nuestra fe. Cuando llegue el tiempo de que mi amado hijo en Dios, el santificado Sri Purascharanacharya, sea apartado de su labor actual y retornado a mí, ocuparás su lugar. Continuarás su tradición y serás su sucesor en todas las cosas. En esta labor permanecerás hasta los ciento diez años, y entonces te haré regresar; y juntos iremos con tu Gurú bendito a la Ciudad de los Dioses. Si me necesitas o deseas conocer mi voluntad, guarda silencio y concentra tu mente en tu corazón; allí me hallarás sentado como lo estoy esta noche, y responderé tu pregunta y te revelaré mi voluntad.

El Señor de los Señores se levantó de su asiento en las rocas y, descendiendo hasta el sendero, me condujo a través de un pequeño valle; y más allá pude ver el vago perfil de un gran templo. El Señor de los Señores habló:

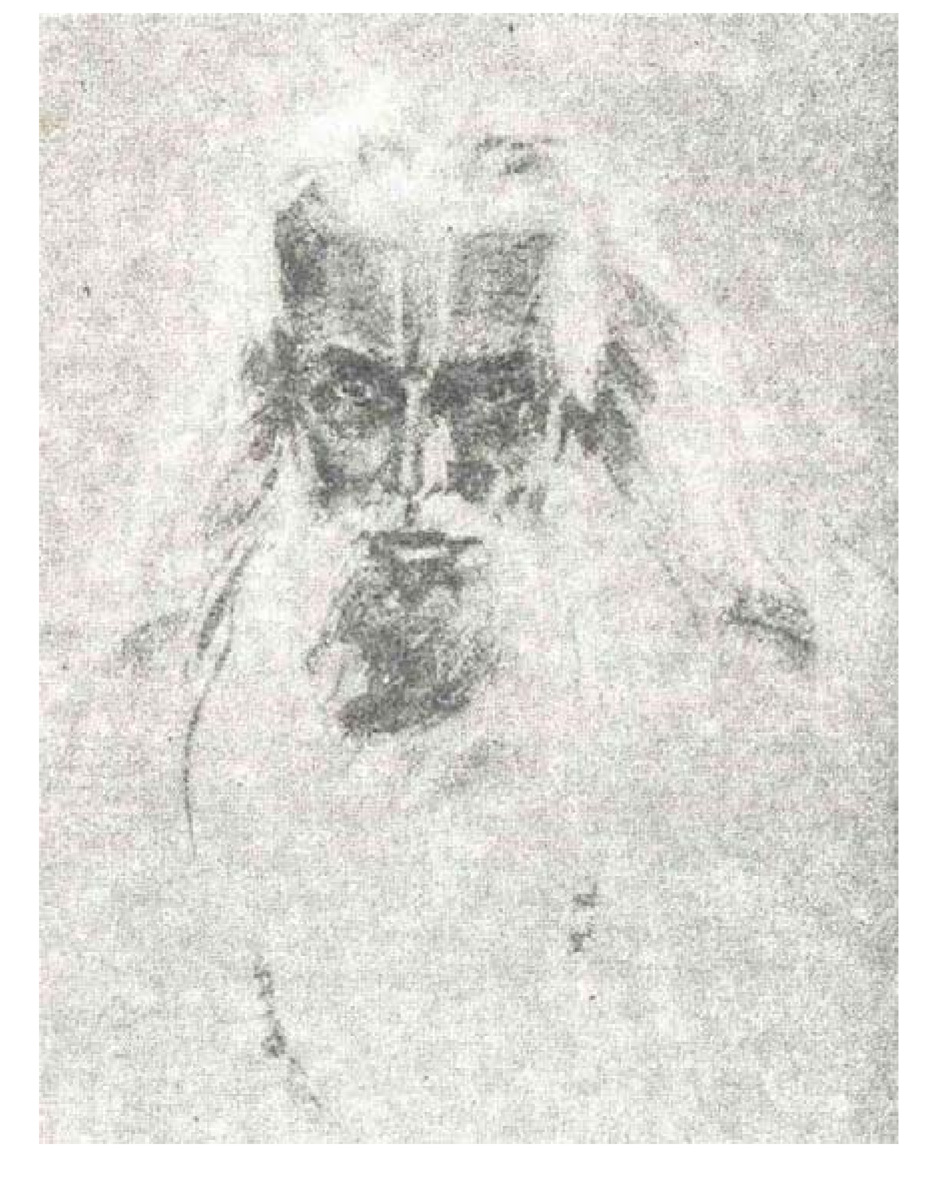
—Nadu, hijo mío, esta es mi casa. Aquí permanecerás hasta el día señalado. Aquí practicarás nuestras devociones místicas y te prepararás para ser un maestro de nuestra Santa Orden.

Todo eso ocurrió hace muchos años. Ahora estoy sentado junto a una arcada en ruinas, en el Ashram de Kailasvastu, en el lugar donde acostumbraba sentarse mi Gurú bendito. Tengo setenta años al escribir estas líneas, y mis chelas y discípulos están congregados alrededor de mí. Vivo sólo para servirles, y sueño con el día en que vea nuevamente la sombra de la mano de mi maestro.

Mi amada Radha abandonó este mundo, y los hijos de mis hijos se cuentan entre mis discípulos.

Por todas 5as mercedes y bendiciones de mi vida doy gracias eternamente al Gurú bendito. Aguardo que llegue el día en que juntos vayamos hasta la Ciudad Sagrada de nuestro Señor.

OM



Manly Palmer Hall – El Gurú

Document Outline

- El Gurú
- Foto:El Gurú
- Prefacio
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- Foto:Nadu
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- Foto: El señor de los señores